

CRISTIANDAD



75

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV
1 MAYO
1947

Al acercarnos a la época del año en que la devoción popular se eleva hacia Santa María en súplica ferviente de mediación, CRISTIANDAD le dedica este número, el primero de mayo, mes de María.

¡En qué gran medida los hombres de nuestra época—más si cabe que los de otras—necesitan de la mediación de la Virgen! Para nuestra desgracia la sociedad actual se ha apartado de tal modo de Dios, que se requieren poderosísimos medios para emprender nuevamente el camino que la conduzca hacia la salvación.

Son tan poderosos esos remedios, que se presentan con portentosa sencillez. Y si la oración es uno de los principales, la devoción a María, Madre de Jesucristo, Medianera de todas las gracias, es de trascendencia vital para nuestras almas.

En España la devoción a la Virgen ha conservado un extraordinario grado de pureza a través de las vicisitudes de los tiempos.

Por ello podemos poner hoy gozosamente de relieve un grato suceso que estos días ha tenido lugar: las fiestas que en Cataluña se celebran alrededor de la fecha veintisiete de abril, festividad de Nuestra Señora de Montserrat, con motivo de la entronización de la imagen de la Virgen que se venera en la montaña, tan estimada y venerada por todos.

Veneración por la Virgen de Montserrat en la cual se incluye no sólo la totalidad de una región—Cataluña—sino también el resto de la nación. Pero además, con la fama de la extraordinaria montaña, la popularidad de tal devoción ha traspasado, como ya es sabido, las fronteras, y entonces el suceso que comentamos creemos que ya deja de tener la resonancia propia y natural en la comarca en que el Santuario está enclavado.

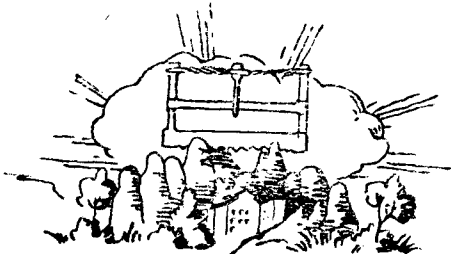
En todo caso, CRISTIANDAD, recoge el acontecimiento en sus columnas al tratar en el presente número de la Santísima Virgen María.

El Editorial se titula: **Nuestra Señora de Montserrat.**

Siguen los artículos:

María Medianera Universal, por Francisco de P. Solá, S. J. (págs. 194 a 196); **Presencia de Nuestra Señora Santa María en la Historia de España**, por Gil Gonzaga (págs. 196 a 198); **Una justificación**, por Juan Serrat, S. J. (página 199); **El Patrocinio de María: Trascendencia social de Montserrat**, por Emilio M. Boix Selva (págs. 200 y 201); **Mientras Montserrat exulta... El Divino Parsital**, por Luis Creus Vidal (págs. 202 a 205); **Añoranzas montseratinas**, por Camilo Coscolla Plana (págs. 206 y 207); **Aragón tiene el privilegio de haber sido visitado por María en carne mortal**, por Victoriano Navarro González (págs. 207 y 208); **La Virgen de Montserrat tiene en Sevilla su epaso**, por Aurora Geli de Lafont (pág. 209); **Cataluña y la Revolución Francesa**, por Luis Luna (págs. 210 a 213); **¿Discordia en el reino de Satanás?**, por J. M. Martínez-Marí (págs. 213 y 214); **La lucha contra el liberalismo, I**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 215 y 216).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday y otros



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual	70'00 ptas.
Semestral	35'00 "
Trimestral	18'00 "

Número ordinario 3'50 ptas.

Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1946, nos complace en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

2 2 4 4 6

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 22 ptas. que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de 18 ptas.

El Administrador

CRISTIANDAD

NÚMERO 75 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Mayo de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 26675

MADRID

Nuestra Señora de Montserrat

Aún vibran en nuestros oídos los Glorias y Alleluías de las recientes festividades de Resurrección. Aún rebosa nuestro corazón la alegría de ese magno acontecimiento, el más destacado exponente del triunfo del Bien sobre el Mal, el trascendente hecho que nos legó la fuente de gracias donde poder hallar fuerza y apoyo para participar en la continuada lucha entre ambas opuestas potestades.

Alentados con los goces de esa Gloria radiante e indiscutible llegamos a este mes de Mayo. Mes dedicado a María, Madre y Señora nuestra.

Cuando tanto y tan reiteradamente hemos de hacer desfilar por nuestras páginas perfiles, aspectos y circunstancias de ese Mal. Cuando pasiones, guerras, errores y calamidades han de ser citados, analizados y expuestos por necesidad de nuestro método basado en la filosofía de la Historia y en la deducción de sus enseñanzas. Obligado es que nos permitamos un respiro; que a la vista de la aridez de ese desierto no regado por el agua vivificante de la gracia, nos acogamos al vergel sagrado y oasis frondoso que es María; que apartándonos del tumultuoso y encrespado mar del mundo, nos refugiemos en el puerto tranquilo y seguro de salvación que es María, y que, en medio del ambiente enrarecido que se respira, aspiremos el sin igual perfume de la más aromática y delicada rosa que es María.

A Vos, Madre nuestra, acudimos, en Vos nos refugiarnos, a Vos nos acogemos, en Vos descansamos y de Vos esperamos recibir los ánimos para continuar sin decaimiento la tarea que nos hemos propuesto. Para más lograrlo y para honraros os dedicamos en este mes el presente número de nuestra revista.

Y celebrándose en dicho mes vuestra festividad de Madre Mediadora de todas las gracias, Vos que ya desde el principio fuisteis concebida en la mente divina como Mediadora, que iniciasteis vuestra misión de tal al serlo del más singular favor de Dios, siendo elegida como medio para la Encarnación y subsiguiente Redención, concedednos vuestra mediación para que por Vos y a través de Vos recibamos los dones necesarios para la consecución de nuestra misión y el logro de nuestros fines.

Como Virgen María os honramos, como Virgen Mediadora os proclamamos, y como Madre, bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat os ensalzamos, uniéndonos así a las festividades centenarias que de este título vuestro se celebran en estos días.

Puesto que con esa denominación sois especialmente honrada en templos de Roma Madrid, Sevilla, São Paulo y tantos otros lugares de la tierra, aparte vuestra santa montaña, siguiendo la tradición marcada por Santos, Reyes y Príncipes a través de los siglos, especialmente os veneramos y desde nuestras páginas vuestra devoción difundimos



María Medianera Universal

La Realeza de la Virgen María

El día 24 de septiembre de 1918, los fieles y devotos barceloneses se postraban a los pies de la Virgen de la Merced y ponían en sus manos un cetro de oro y pedrería. Hoy son los hijos de todo el Principado de Cataluña que se vuelven de nuevo a su Excelsa Princesa y le ofrendan un trono de plata. Son éstos dos gestos de un mismo acto: proclamar la realeza de María sobre el Principado catalán. «¡Dels catalans sempre sereu Princesa!»

Ni es éste el caso único en nuestra Patria ni en el mundo entero; antes por el contrario, la Virgen María siempre ha sido considerada por los fieles, sus devotos, como verdadera reina de cielos y tierra. Basta contemplar las imágenes con que la ha representado el arte más antiguo y sobre su cabeza descubriremos no la simple aureola de los santos, sino la corona de los reyes. Escucharemos las plegarias de los devotos de todos los tiempos y resonará en nuestros oídos continuamente la voz: *Salve Regina, Ave Regina caelorum, Regina caeli laetare...*, y oiremos cómo no saben despedirse de su Madre cariñosa los devotos de María sin recitarle las letanías, que terminarán con una confesión, más de diez veces repetida, de que María es Reina de todos los órdenes.

Esta verdad tan infiltrada en la devoción popular, ¿tiene un significado y valor fundado en sólida teología? He aquí la pregunta que se formulan a veces los cristianos que desean conocer a fondo los tesoros encerrados en el corazón de su Madre Virgen. A esta pregunta queremos nosotros contestar hoy con la brevedad que el caso requiere.

La Realeza de María en general

Es evidente que la realeza de María ha de tener relación con la de Cristo, de la que depende y a la que *ha de asemejarse*. Subrayamos esta expresión porque en ella está la verdadera clave de solución del problema.

Nadie niega a Cristo el título propio y verdadero de Rey. Nadie niega tampoco a María el título de Reina. Pero, si bien al Rey se le da este título únicamente por ciertos derechos propios, que examinaremos en seguida, a la Reina, por el contrario, se le puede conceder por el mero hecho de ser la esposa o la Madre del Rey. Es un título poco menos que honorífico, sin que suponga en la reina intervención alguna en los asuntos del reino ni en la autoridad propia y peculiar de los reyes. Ya se ve, pues, cuánto conviene determinar la naturaleza de la realeza de María.

La Realeza de Cristo

Nos es preciso conocer la naturaleza del poder Regio de Cristo Jesús para entrar en la determinación de la realeza de la Virgen.

Jamás se ha discutido con seriedad la realeza a Cristo Jesús. No vamos a detenernos en probarla; la suponemos. Tan sólo queremos precisar un poco el significado y exigencias de la palabra Rey.

Rey es, según Sto. Tomás, el que tiene el cargo de gobernar la sociedad perfecta; o lo que es lo mismo, el que se encarga de dirigir a los miembros de una sociedad perfecta al bien común. Esto exige que el gobernante ostente la *excellentia virtutis* (preeminencia de cualidades) y que tenga cierta primacía sobre los miembros todos de la so-

ciudad por él dirigida o gobernada. De aquí que la definición de Rey puede convertirse en esta otra, que nos explica sus cualidades necesarias: «el que de alguna manera sobresale sobre los demás y tiene sobre ellos cierta primacía». En este sentido anológico hablamos de Homero, rey de los poetas; de Ford, rey de los automóviles...; y, aun aplicándolo a los animales, decimos que el león es el rey de la selva y el águila la reina de los espacios.

Muy afín al de rey es el concepto de *Señor*, que se dice (por oposición a servidumbre) de aquel que tiene siervos a sus órdenes, o que de alguna manera tiene dominio sobre los demás.

Al rey corresponde la triple potestad: legislativa, judicial y ejecutiva, que ejercita: a) *proponiendo* de manera obligatoria a sus súbditos, con oportunas leyes, las medidas útiles y necesarias para conseguir y conspirar al fin de la sociedad; b) *definiendo* con juicio autoritario el derecho controvertido, en casos particulares, y el perjudicado, declarando las penas que se han de aplicar, según la ley, y c) *urgiendo* su aplicación; es decir, promoviendo la ejecución de lo establecido en orden al bien de la sociedad.

Esta potestad triple le corresponde perfectamente a Cristo Jesús. Y es de notar que el gobierno de Cristo es un gobierno no solamente exterior, sino principalmente interior, ya que su misión ha sido la de volver los hombres a Dios. Pero no es solamente interior. No podemos explanar estos conceptos, que solamente queremos quedados anotados.

Títulos de la Realeza de Cristo

Además del de *Herencia* (el Padre le constituyó Rey supremo del Universo), le corresponde a Cristo el título de Rey por cuanto es el Supremo Doctor y el Mediador o Redentor.

Esto se desprende de la definición de Rey. Rey es el que dirige la sociedad perfecta a su fin. Ahora bien, Cristo ha dirigido y dirige la sociedad universal a su fin: Dios. Y esta dirección y gobierno sobre cada uno de los miembros y sobre la sociedad en general, la ejerce Cristo con su doctrina (que Él nos reveló y enseñó), con la gracia que infunde en nuestras almas y que nos mereció con la Redención.

Por su parte, tiene también aquella excelencia de cualidades elevadas al infinito y aquella primacía absoluta que le corresponde por habernos conquistado de las prisiones infernales... Es así indiscutible la realeza de Cristo y su naturaleza queda patente.

La Realeza de María

Apliquemos a María este concepto de realeza en cuanto se pueda con ella conciliar. Si los rasgos principales le convienen, deberemos confesar que es *propia y verdaderamente Reina*; si solamente se le aplican por cierta analogía y con impropiedad, nos tendremos que contentar con atribuirle una realeza impropia.

La realidad está muy lejos de esta segunda conclusión. No procedamos por apriorismos, sino acudamos a las fuentes de la revelación, únicas que nos pueden guiar en materias de fe.

Realeza de María en el Antiguo Testamento

Varios pasajes encontramos en el Antiguo Testamento que nos declaran a María Reina. Los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia ven a María prefigurada en aquella Bethsabee, madre de Salomón, de quien se lee que al acudir a su hijo con el fin de interceder por Adonías «se levantó el Rey a recibirla y la saludó con profunda reverencia; sentóse después en su trono, y pusieron un trono (o asiento real) para la madre del Rey, la cual se sentó a su derecha» (3 Reg. 2, 19). No menos refieren a la Virgen cuanto prefiguró la otra reina Ester, principalmente cuando de ella se lee que al verla el Rey Asuero «quedó prendado de ella más que de todas las otras mujeres, y cayó Ester en gracia, y obtuvo su favor sobre todas las demás; y púsole en la cabeza la corona real, declarándola Reina en lugar de Vasti» (Est. 2, 17). Y más adelante, es Ester la que desvía del pueblo de Israel, cautivo, el desastre urdido por Amán: «Al tercer día — leemos — vistióse Ester las vestiduras reales, y presentándose en la habitación interior del Rey se paró en la antecámara de la sala en que estaba sentado el Rey en su trono... Y habiendo visto a la Reina Ester parada, la miró con agrado, y alargó hacia ella el cetro de oro que tenía en la mano. Acercóse Ester y besó la punta del cetro real. Dijole el Rey: ¿Qué es lo que pides, Reina Ester? ¿Qué petición es la tuya? Aun cuando me pidieras la mitad del Reino se te dará» (Est. 5, 1-3). Ciertamente es que en estos pasajes María no viene significada en un sentido literal, pero están en favor de cierto sentido mariano. Benedicto XIV, Pío IX y, entre los antiguos, Conrado de Sajonia, Ricardo de S. Lorenzo, Bernardino de Busti, Gabriel Biel, Gersón. Y nombres tan autorizados como los de S. Modesto de Jerusalén, el Pseudo-Atanasio, Gregorio Pálamas, Juan Eucaítense, Dionisio Cartujano, Amadeo de Lausana, Sto. Tomás de Aquino, San Buenaventura, S. Pedro Canisio y Pío X, podríamos alegar en favor de aquel pasaje del Salmo 44, versículo 10, aplicado a la Virgen: *Adstitit Regina a dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate*.

Omitimos otros pasajes de los libros Sapienciales (Sap. 8, 22-26; Eccli. 24, 11-13, 19, 25, 30) y dejamos para lugar aparte el Protoevangelio. Es el Antiguo Testamento (si prescindimos del Gén. 3, 15) la aurora de la realeza de María. Las mujeres Reinas de importancia nos declaran algunas de las cualidades de la Virgen: estar sentada junto al trono de su hijo, llevar la corona real, tener el poder intercesor de reina, sojuzgar al Rey por su hermosura y amor. Estas figuras, por sí solas, nos ponen de manifiesto el amor y «reverencia» que el Rey Cristo tiene por su Madre, la Reina.

Nuevo Testamento

¿Quién diría que la primera aparición de la Virgen en el Nuevo Testamento es una declaración de su realeza? Aunque en los Sagrados textos nunca se dé explícitamente a la Virgen Santísima el título de Reina, sin embargo, abramos el Evangelio de S. Lucas y leamos atentamente la presentación que nos hace de la Madre de Jesús: El Arcángel Gabriel es enviado por Dios a la Virgen nazarethana y después de saludarla con las misteriosas palabras: *Ave Gratia plena*, le declara: «Sábetes que has de concebir en tu seno, y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre JESUS. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; y *reinará* en la casa de Jacob eternamente, y *su reino no tendrá fin*» (Lc. 2, 31-33). Y María acepta humildemente el ser Madre de este Rey: «Hágase en mí según tu palabra.» ¿Qué más queremos para saber que a la Virgen sobre la que descenderá la virtud de Dios y la que será cobijada por el Espíritu Santo, es verdadera Reina, a la que corresponde como a Madre del Rey, una realeza eterna sobre la casa de Jacob,

y un reino universal que no tendrá fin? Todo esto nos dicen claramente las palabras de la embajada angélica.

La Mujer del Apocalipsis

Si la Sagrada Biblia comienza por la Virgen ya en los primeros capítulos del Génesis, a la Virgen se reservan también las últimas palabras de los libros revelados. «En esto apareció un gran prodigio en el cielo: una Mujer, vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas... En esto dió a luz un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones con cetro de hierro» (Apoc. 12, 1-5). Dejemos a los exégetas que discutan sobre el sentido propio y literal de este pasaje; a nosotros nos basta la opinión de muchos Santos Padres y la de teólogos de nota que ven en esta Mujer a María. Podrá regateársele un lugar primario para colocarla en un plano secundario, pero siempre habrán de reconocer, los intérpretes que procedan con sinceridad, que este lugar del Apocalipsis es mariano. Y siendo esto así, ¿qué significa la corona de estrellas de la Virgen, y el que tenga bajo sus pies la luna (señal de vasallaje) y que sea la Madre del que ha «de regir con cetro de hierro todas las naciones»? Con gusto subscribimos las siguientes palabras del P. Bover: «Cualquiera que sea la significación precisa del sol, que la reviste; de la luna, que la sostiene; de las estrellas, que ciñen sus sienes, no puede negarse que son una expresión simbólica, la más grandiosa que podía imaginar el vidente de la *regia majestad* de la mujer: de su manto de luz, de su trono de luz, de su corona de luz. Y ¿por qué no admitir que estos símbolos grandiosos *expresan el señorío e imperio de la mujer sobre la creación entera*, cuyos más espléndidos representantes están humildemente destinados a su servicio?» (Est. Ecl. 1 [1922], 335-336).

El Protoevangelio

De intento hemos dejado el último lugar para el pasaje bíblico que ocupa el primer sitio en el orden cronológico y en el de importancia. En el Génesis se ponen de manifiesto las rivalidades existentes entre el demonio y la Virgen María por cuanto ella queda asociada, por voluntad de Dios, a la obra Redentora de Cristo. Cada día se va sacando más esplendorosa luz mariana de este, al parecer, oscuro pasaje. En otras ocasiones lo hemos relacionado, en estas mismas páginas, con la Concepción Inmaculada de María y con su Asunción. Hoy nos corresponde sacar de él la luz de la realeza mariana.

Allí se describe con dramatismo conciso una lucha a par de muerte entre el que acaba de triunfar del género humano y un descendiente del ahora mismo vencido. El vencedor ha sido Satán, espíritu inmortal que piensa haber obtenido victoria eterna por haber derrotado al hombre de alma que no muere. El vencido ha sido Adán, cabeza del género humano; pero no ha caído solo; ha caído por arrastre: una mujer le ha empujado y él ha cedido a sus halagos e insistencias. La descendencia vencedora será también un hombre, Cristo; pero tampoco Él irá solo; le arrastrará, por así decirlo, una mujer, María. Contemplemos por un momento la lucha y consideremos las partes que en ella corresponden a la mujer. Antes de que el segundo Adán venga a la tierra, ya ha comenzado María a luchar y con lucha victoriosa: ella ha triunfado del demonio en el momento de su concepción. Dios le ha adelantado las armas que Cristo esgrimirá, y con ellas y por ellas María aleja de sí al dragón infernal que quiere atentar con ella siquiera por unos instantes. Alma ya tan pura, nunca manchada, siempre llena de gracia, es un imán poderoso que atrae a Dios del cielo y el Verbo se hace carne en sus purísimas entrañas. Tan complacido está en seme-

jante pureza que no quiere se desflore lirio tan delicado y se decide a obrar una de sus grandes maravillas: María atraerá a sí a Dios, y Dios se posará sobre la flor sin quebrantar su tallo. María será Madre y Virgen.

Ahora ya es el hombre-Dios el que tiene que luchar contra el enemigo, pero en la lucha personal estará todavía la mujer. Y será en el Templo cuando presentará al Padre generosamente la hostia del sacrificio apenas han pasado cuarenta días de tenerlo en su regazo; y otra vez en el Templo renovará el Sacrificio cuando escuche transida de dolor que ha de dejar obrar a su Hijo independientemente de ella cuando así lo requiere la voluntad de su Padre; y será sobre todo al pie de la Cruz, cuando en el momento dramático y terrible de la lucha, mientras el mismo Hijo pedirá auxilio a su Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»; ella, en persona, correrá a su lado y con generosidad y esfuerzo inaudito se mantendrá de pie, firme y constante como valiente soldado que se coloca junto a su Capitán para impedir con su propio cuerpo que él caiga en la refriega. María, al pie de la Cruz, ofrece con Cristo el sacrificio augusto por el rescate del género humano. Ella, con Cristo, quebranta la cabeza de la serpiente, por más que el maldito haya logrado clavar su diente en el calcañar de la mujer; es decir, haya causado tantos dolores en la Madre y en el Hijo.

Consecuencias

No nos podemos detener más ni indicar siquiera los demás títulos que merecen a la Virgen la realeza. Pero eche-

mos una mirada atrás y comparemos a María con Cristo. Este es Rey por conquista, como Redentor, Mediador. María lo será, pues, por ser corredentora y Mediadora.

Ni olvidemos que hemos dicho antes que conviene al Rey una excelencia y preeminencia sobre los demás; preeminencia y excelencia que nadie se atreverá a regatear a María. Y la posee en grado tal que la coloca por encima de los mismos ángeles, aunque a ellos no los haya conquistado como a los hombres. Es también *Regina caelorum*. *Regina angelorum*.

También correspondía a Cristo el título de realeza por el gobierno interior de las almas. ¿Quién se atreverá a negar a la Virgen este gobierno interior, este conducir las almas al fin sobrenatural, a Dios? ¿No es ella la intercesora y mediadora de todas las gracias? ¿No es ella la Madre espiritual de los hombres?

Concluamos, pues, que la Virgen María es verdadera y propiamente reina, no solamente por el honor que le corresponde por ser madre del Rey, sino también por otros muchos títulos verídicos, entre los cuales sobresalen el haber estado asociada a Cristo a la obra redentora, cooperando así como verdadera corredentora a la victoria que culminó con la conquista de la humanidad y que colocó sobre la cabeza de los vencedores, Cristo y María, la diadema real. Por lo mismo, podemos decir de la Virgen lo que de Cristo canta la Iglesia: *Sedet ad dexteram Patris... Cuius regni non erit finis*, y con la misma Iglesia suplicaremos que *cunctae familiae gentium, peccati vulnere disgregatae, eius suavissimo subdantur imperio* (Or. de la fiesta de Cristo Rey).

Francisco de P. Solá, S. J.

Presencia de Nuestra Señora Santa María en la Historia de España

«Id y enseñad a las gentes...», dijo el Mesías. Y Santiago el Mayor, uno de los Apóstoles predilectos de Jesús, cumple el mandato divino por tierras ibéricas. Un día, desalentado, abatido por la indómita resistencia que a su predicación oponían los indígenas de las tierras hispánicas, ora en las márgenes del Ebro, con unos pocos discípulos. La Virgen María, que por aquel tiempo aun vivía en carne mortal, se le aparece sonriente, hermosísima, resplandeciente, sobre un pilar, como significando que aquella dura firmeza de los hispanos ha de tornarse en regia fortaleza donde se estrellarán las herejías, los errores y las falsas religiones.

Y así fué en el transcurso de la grande historia española. Siglo tras siglo ha podido decirse que España fué el pueblo escogido por Dios para ser brazo derecho y espalda de la Cristiandad.

Católica España, por el aliento que infundió al Apóstol Santiago la celestial Señora, bajo su maternal protección y su mediación, con una catolicidad asentada sobre un inmovible Pilar, se lanzó nuestra Patria a la consecución de su unidad religiosa, celosamente guardada por el Santo Oficio de la Inquisición, y a sus grandes empresas nacionales, sin par en la historia universal.

La Virgen, tras su aparición, dejó a Santiago una efigie suya y el «hijo del trueno» edificó en aquel mismo lugar una capilla. Reconquistada Zaragoza por Alonso el Batallador, el primer acto del Rey fué orar inmediatamente

ante Nuestra Señora del Pilar, estableciendo después a su lado la Corte de la monarquía aragonesa. De la celestial mediación de la «Pilarica» nos habla de continuo el deambular de la historia española. Y nos lo demuestra la continuada devoción de nuestros Reyes. Alfonso II otorga al templo, al cabildo, a sus vasallos y a sus bienes, carta de protección y privilegios. Igual hace Sancho *el Fuerte*, de Navarra, y los confirma y acrecienta Jaime I *el Conquistador*, formando, como unos más, en la pléyade de los reyes medievales que labraron una ininterrumpida cadena de amores a la Virgen del Pilar.

El propio Fernando el Católico atribuyó a Nuestra Señora del Pilar el haber salido ileso del atentado que sufrió en Barcelona y puso a sus pies el collar que detuvo la daga del loco regicida. Y cuando la Reconquista, aquella épica empresa que tuvo su principio en el año 718 para terminar en el de 1492, sirviendo de puente entre las edades Media y Moderna, estuvo totalmente terminada, los Reyes Católicos, en la capital del último reino moro de España, Granada, y en su Catedral, construyeron una capilla para la Virgen del Pilar, dejando en ella el homenaje de gratitud de todos nuestros reyes medievales que de continuo experimentaron su maternal protección.

Reconquistada ya España y unida en nuevas empresas, Felipe II regaló los dos ángeles mayores, de plata, de los cuatro destinados a sostener cirios en la capilla de Zaragoza. Y fué tal la extensión de la devoción a la Virgen del

Pilar, el amor de todos los españoles a Ella, que el Papa Pío VII elevó la fiesta del Pilar a rito de primera clase, con octava y oficio propio. Y el Papa Pío IX extendió esta concesión a todos los dominios españoles.

España, tierra de la Virgen se la ha llamado. Y no podía dársele calificativo más apropiado. Si un día la Virgen alentó y protegió al Apóstol Santiago para la cristianización de España, otro día alienta y protege la Reconquista desde que ésta se inició en Covadonga.

Enmarcado entre los agrestes riscos asturianos hay un estrecho valle, que más bien es una garganta, sobre cuyo fondo se levanta, majestuoso y gigantesco, el Auseba, bañado en sus pies por el río Deva. En monte tal hay una gran cueva, donde se emboscaron los cristianos españoles, acaudillados por Pelayo, para arremeter contra las huestes del valí Al-Horr. Y con la protección de la Virgen se gana la primera batalla de la Reconquista y Ella le da su espíritu de firmeza, que jamás tambaleó pese a que fué empresa costosa y larga. Mucho más fácil hubiera sido convivir con los invasores, como se hiciera con los romanos y con los visigodos. Pero España había conseguido su unidad religiosa, España entera era cristiana, y ni la más leve sombra de apostasía cruzó por la mente de los españoles: había que mantener la unidad religiosa y reconquistar a la Patria para que siempre fuera cristiana. Y, con la Virgen, se consiguió el primer triunfo y el último.

En el siglo VIII, reinando Alfonso I, edificóse la capilla de la cueva del Auseba y se fundó un monasterio de benedictinos dedicado a Santa María de Covadonga. Los reyes españoles han tenido como gran merced y gloria el titularse canónigos honorarios de Covadonga.

En la misma edad Media, la Virgen ha de galardonar a un español con la inspiración de la mayor de sus devociones: el Rosario. Un simple provinciano burgalés, Domingo de Guzmán, santo de la Iglesia, fundador de la Orden de Predicadores, al que se le llama, sin discusión, sol de la edad Media, fué el instrumento del que se valió Nuestra Señora para fundar la devoción del Rosario. Del Santo nos dice la Iglesia, en su Oficio canónico, que era «varón de pecho y espíritu apostólico, sostén de la fe, trompeta del Evangelio, luz del mundo, resplandor de Cristo, segundo precursor y gran ecónomo de las almas». Los grandes estragos que causaba la herejía albigense en el Languedoc movieron a Domingo de Guzmán a luchar contra ella. Y en el Languedoc se instaló cuando todas las misiones y delegaciones apostólicas iban fracasando, una tras otra, en su propósito de convertir a los albigenses. Y allí recibió la revelación del Rosario, que Domingo divulgó con sus predicaciones, dejando encomendada a su Orden su difusión.

En Roma tuvo el Santo una visión en la que aparecía Jesucristo en actitud de arrojar tres lanzas y María intercediendo y presentando a dos hombres cual garantía de la conversión de los extraviados. Estos hombres eran el propio Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. Y así fué cómo un español, de la noble e histórica estirpe de los Guzmanes, fué martillo de la herejía albigense y propagador de la hoy universal devoción del Rosario.

Y cuando Dios quiere premiar a España, por sus merecimientos y por ser la única nación capaz de convertir toda su política colonial en una misión evangelizadora y civilizadora, con el regalo inmenso del Nuevo Mundo, es también la Virgen la capitana de la gran empresa. A través del Atlántico, rumbo hacia lo ignoto, enfilan sus proas las frágiles carabelas de Colón. El futuro Almirante establece su puesto de mando en la *Santa María*, la antigua carabela *Marigalante*, que trocó su nombre para que el de Nuestra Señora fuera el pendón triunfal que descubriese las Indias para otorgarlas a España. Y la reducida flota llega a Guanahani el día de la Virgen del Pilar, el 12 de octubre, para que tal fiesta quedase vinculada para siempre con la fiesta mayor de la hispanidad.

Tras de poner el nombre de San Salvador a la primera

isla descubierta, llama Colón a la segunda Santa María de la Concepción (hoy conocida con el nombre pagano de Cayo Rum). Sólo después de este homenaje de pleitesía a Jesús y a su Madre, lo rinde Colón a sus Reyes, llamando a las nuevas islas que va descubriendo con los nombres de Fernandina e Isabela. Y la más grande ciudad que en el Nuevo Mundo hispánico se funda se la denomina Santa María del Buen Aire, hoy Buenos Aires, por mor de una abreviatura en la que nosotros hubiéramos preferido se utilizaran las dos primeras palabras en lugar de las últimas.

La mediación de la Virgen y su presencia en la devoción de los españoles quedan también patentizadas en la más grande empresa universal, descubridora y civilizadora, de la edad Moderna.

Van sucediéndose los años y una nueva empresa cristiana reclama a España en la primacía de la defensa de la Religión: los turcos amenazan a Europa. Su Santidad el Papa Pío V nombra, a propuesta de Felipe II, Generalísimo de las fuerzas cristianas coaligadas al joven don Juan de Austria, que a la sazón contaba veinticuatro años de edad. El Generalísimo, antes de reunirse con la Armada y los Tercios españoles, que se concentran en Barcelona, visita el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat y ora ante Ella. Y con el aliento y la fortaleza que le da la Señora, marcha hacia la victoria de Lepanto. Y el Papa instituye la fiesta del Santísimo Rosario y añade a las letanías el «Auxilium Christianorum», que perpetuarán por los siglos de los siglos la memoria del rotundo triunfo de las armas cristianas sobre el turco, en el que España tuvo la mayor y principal parte, conseguido merced a la oración ante la Virgen de Montserrat y a la mediación de la Virgen del Rosario, de aquel Rosario que propagó un Santo español, a la que se puso como celestial intercesora en el combate de Lepanto.

Lutero lanza a la Cristiandad europea su reto, henchido de soberbia y de malicia; se rebela contra la autoridad del Vicario de Cristo en la tierra; sirve a su concupiscencia rompiendo los lazos de amor que le unían a la religión verdadera; expone las proposiciones de una Reforma que no era tal reforma sino una protesta, sin ninguna lícita justificación; que era también algo más que una simple protesta, porque fué una rebelión herética contra el mismo Dios. ¡Libre examen!, exclaman él y sus secuaces y con ello creen haber encontrado la piedra filosofal de la Religión y con él en la mano entran a saco en lo más santo y en lo más sagrado, como si lo que es Verdad pudiera ser objeto de discusión. Y su libertad les hace esclavos del Diablo. ¡Mirad a los precursores del protestantismo, examinad sus vidas! Son la viva imagen de los apóstoles del Mal. ¡Ni son santos ni tienen madera para serlo! Son fieles servidores de sus concupiscencias, de sus apetitos carnales y materiales, de su soberbia, de su ceguedad, de su fanatismo... Por sus ideas ensangrientan a Europa con crímenes que rechaza el más leve sentido moral. Sus ideas, por religiosas, tienen su influencia en el orden filosófico, en el político, en el moral, en el social, en el económico... A su soplo brota la Revolución francesa y el enciclopedismo. Y las revoluciones liberales. No es cuestión de traer aquí la memoria de esa serie ininterrumpida de gravísimos males y de gravísimos desastres que quedan escritos en la Historia y que las páginas de CRISTIANDAD han ido y van rememorando en su verdadero sentido.

España permaneció incontaminada e incontaminable. Pero no se contentó con esto: formó en la vanguardia de las filas del catolicismo y se glorió con el título de Brazo derecho de la Cristiandad. Flandes, Francia, Inglaterra, Europa entera pueden hablarnos de la lucha de nuestra Patria, tierra de la Virgen, contra la herejía protestante. Nuestra Señora Santa María protegió a su nación predilecta de las asechanzas del Error, como siempre lo hiciera. Pero no por ello el Maligno Espíritu dejó de tentar a unos

PLURA UT UNUM

pocos españoles para hacerles emisarios suyos en nuestra España. ¡Cuán débil fué su luz, tan pronto nacida como extinguida!

«Dulce es apartar los ojos del miserable luteranismo español para fijarlos en aquella serie de venerables figuras de reformadores y fundadores: en San Pedro de Alcántara, luz de las soledades de la Arrabida, que parecía «hecho de raíces de árboles», según la enérgica expresión de Santa Teresa; en el venerable Tomás de Jesús, reformador de los agustinos descalzos; en la sublime doctora abulense y en su heroico compañero San Juan de la Cruz; en San Juan de Dios, portento de caridad; en el humilde clérigo aragonés, fundador de las Escuelas Pías; y, finalmente, en aquel hidalgo vascongado herido por Dios como Israel, y a quien Dios suscitó para que levantara un ejército, más poderoso que todos los ejércitos de Carlos V, contra la Reforma. San Ignacio es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús», nos dice Menéndez y Pelayo en el tomo V de su «Historia de los heterodoxos españoles».

¿Y dónde halló bríos tan gran capitán, para ser tan grande y para hacer tan gran empresa? Contempladlo un día, sin plan prefijado, llegar a las cumbres del Montserrat, de aquel Montserrat del que nos dice la leyenda que tiene su peculiar figura desde que rugió y tembló de indignación cuando Jesús moría en la Cruz, mientras los hombres permanecían impasibles con el corazón más duro que las propias rocas de la Santa Montaña. Allí, a Montserrat, llegó, caballero andante en una mula, Iñigo de Loyola, el defensor de Pamplona. Hizo confesión general, colgó en el altar su espada y su daga, pasa la noche en oración ante la Virgen, comulga y deja Montserrat precisamente en el día de la Asunción. Con tales arrestos, dejando a los pies de Nuestra Señora todo lo que del mundo le quedaba, hallando fortaleza ante Ella, parte, en fiesta tan señalada, hacia el camino de los Ejercicios Espirituales y la Compañía de Jesús. Nos bastan las palabras anteriores del gran español don Marcelino Menéndez y Pelayo para calificar la obra de San Ignacio, alentada y protegida por la Virgen, como lo fueron todas las empresas de una España misionera, cuna de santos, de fundadores y de teólogos, de sabios, de descubridores y de héroes, solar de hidalgos cristianos y de grandes hombres, que, al aparecer la Reforma, batalló contra ella con las armas y con las almas, siendo impulsora y luz del Concilio de Trento.

Así va señalando España, de hito en hito, su caminar por las edades de la Historia. Sobre cada piedra que recordase un hecho español podría levantarse una dulce

imagen de Nuestra Señora Santa María, protegiendo a nuestra Patria, mediando por ella, mirándonos con amorosa sonrisa a todo lo largo de un camino que, siempre que es netamente español, está rematado por la Cruz.

Con la Guerra de la Independencia traza España entera una de las más grandes gestas de su añeja vida. En mayo, el mes de la Virgen, lanza España el grito de su alzamiento nacional contra el Emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte, el vencedor de Europa, el genio de Marte, el campeón de la Revolución, invencible en todas las batallas. Pero España, aquel pueblo que el corso despectivamente llamó de «frailes y de monjas», demostró al mundo que podía ser vencido. Y le venció. Madrid, aquel día 2 del mes de María, da la señal de combate. Zaragoza, la del Pilar, se opone al invasor. Gerona, la de los muros con nombres marianos, escribe su página inmortal. Los Bruchs, a los pies de la Virgen de Montserrat, son la primera derrota que sufre el Emperador en su larga historia de triunfos. Las Juntas se colocan bajo la protección de la Virgen y juran defender el dogma de la Inmaculada Concepción. El nombre de María es el signo de los heroicos combates.

Y los invasores lo saben. Y saben también la fuerza moral que la Virgen da a los españoles. Y sicarios del ateísmo y de la Revolución, van ensañándose con todas las imágenes de la Virgen que encuentran a su paso. Las profanaciones se suceden y se repiten. La furia de los soldados de Napoleón quiere terminar con toda la iconografía mariana española. Montserrat ardiendo, con sus rojos resplandores visibles desde toda Cataluña, es un símbolo de la saña satánica de los hombres de la Revolución francesa. En un rincón de esa misma Cataluña, en Tremp, ante la imagen de la Virgen se canta:

«—Oh si la religió santa,
Amb lo Rosari triumfàs!
Oh si la Pàtria acabàs,
Dias d'amargura tanta!
A Vós clama en sa opressió,
Sos vius clamors escolltau...»

La Virgen escuchó sus súplicas, los clamores de angustia de su pueblo español bien amado. Y Napoleón fué vencido y sus ejércitos revolucionarios rebasaron las fronteras con las frentes abatidas por la derrota.

Así es España: grande en la adversidad y grande en los Siglos de Oro por el amor a Santa María, que no deja leer ni una sola página de la historia patria sin haber en ella renglones de encendido amor y filial devoción, correspondidos siempre con creces por Nuestra Señora. Así es España. Y este hecho mariano queda bien patentizado en la afirmación rotunda, que cualquier español puede hacer, que no hay un rincón en nuestra Patria, en las grandes ciudades, en las villas, en los pueblos, en las aldeas, donde no haya una iglesia, una ermita, una capilla o siquiera un altar erigido en loor de Nuestra Señora Santa María.

Gil Gonzaga

9

UNA JUSTIFICACION

¿Será necesario, para explicar la innegable influencia de Montserrat en la historia de Cataluña, inventar razones de orden político, invocar regionalismos o quizá separatismos?

Y no se afirma esto sin motivo; unos a media voz, otros con menos recato, son muchos los que han intentado e intentan explicar la importancia de Montserrat por estas razones de orden político.

El hecho de la influencia de Montserrat en la vida de Cataluña, en progresión siempre ascendente, es innegable y lo prueban las afirmaciones de Dom Anselmo de Albarreda en su *Historia de Montserrat*, año jubilar de 1931, impresa en el mismo Monasterio, que citamos por sus páginas.

«La crítica más severa ha de proclamar que la imagen de la Virgen de Montserrat que veneramos hoy es el centro de nuestra historia, la explicación única de sus grandes acontecimientos... (pág. 31). Montserrat y Cataluña son inseparables. Su historia, íntimamente amalgamada, no puede separarse. El Santuario de Cataluña ha intervenido con eficacia en la formación espiritual de nuestra gente... (página 357). Dejemos divagaciones estériles y digamos que ninguno de los Monasterios nuestros ha penetrado tan profundamente en el alma de Cataluña como el de Montserrat.

La causa de esta convivencia íntima del pueblo con Montserrat hay que buscarla en la prerrogativa de haber sido el Santuario principal de nuestra tierra (pág. 392). Se inicia un nuevo período (terminada la restauración) en el cual el Monasterio-Santuario podrá alcanzar nuevas glorias. Sólo se necesita que sea fiel a su destino; esto es, que antes que todo y sobre todo sea, como hasta el presente, el Santuario por excelencia de Cataluña, en el cual, con toda la magnificencia y con el concurso más numeroso del pueblo, sea tributado culto perenne a la Patrona, Madre y Soberana de Cataluña, la Virgen Morena de Montserrat» (pág. 396).

¿Se trata quizá de entusiasmo de un hijo enamorado de su Madre y que todo lo mide por su amor y entusiasmo? Los años que van desde 1931 hasta el momento del restablecimiento del trono de la Virgen nos dicen que las predicciones se han cumplido, y si por el presente podemos juzgar el porvenir, hemos de afirmar que se cumplirán en adelante.

Digamos ante todo que este hecho no es algo exclusivo de la Virgen de Montserrat. Precisamente llegan de Méjico revistas, memorias, carteles del movimiento Guadalupeño. La Patria y la Religión simbolizada por la Virgen en íntima unión. Y no es éste el único caso; y dentro y fuera de nuestra Patria nos sería fácil constatar hechos similares.

Explicar por motivos fútiles hechos universales en el espacio y perpetuos en el tiempo no sería discreto; es necesario penetrar en las razones profundas de este hecho

universal y las razones nos las da el Obispo de Vich en las disertaciones que forman la obra: *La tradició catalana* (libro I, cap. III). Con plena seguridad de sí mismo establece el grande pensador una afirmación que podrá parecer atrevida a los que son incapaces de razonar los grandes hechos: «La Iglesia, dice, es regionalista porque es eterna. Los organismos políticos, los mismos Estados, aparecen y desaparecen según las circunstancias, su duración es siempre limitada y, al deshacerse, reaparecen las antiguas naciones, las unidades sociales formadas, no en congresos ni en dietas de hombres de Estado, sino en los eternos consejos de la Providencia divina. Por esto la difusión del Evangelio no se hizo a través de los estados políticos, sino de los pueblos o naciones, y fué predicado no a los súbditos del Imperio, sino a los habitantes de Corinto o de Roma, de Tesalónica o Esmirna, o de Galacia.» Desarrolla luego profundamente este pensamiento en relación con la gracia y los sacramentos y la división de la Iglesia para su gobierno.

En este hecho innegable radica a nuestro entender la causa del prestigio regional o nacional de algunos Santuarios de la Virgen.

El espíritu nacional o regional crea un símbolo y si el espíritu es cristiano, y lo es sin duda en nuestra tierra, el símbolo será cristiano, y si estamos en España, será una imagen de la Virgen que cada región levanta en alto como un faro en medio de la noche.

Por un cúmulo de imponderables: posición geográfica, riqueza de la región, hechos de armas, calamidades o prosperidades públicas, cultura artística de los custodios de la Imagen, prestigio de la virtud y santidad, belleza del paisaje, etc., todo contribuirá para dar esplendor al culto para extender más y más el nombre del santuario, el prestigio de la Imagen.

Que Cataluña ha identificado su devoción mariana con la Virgen de Montserrat es innegable y para demostrarlo voy a recordar dos hechos bien notables.

Los Sinodos Diocesanos antiguos, hablo de la Diócesis de Gerona, autorizan colectas en las Iglesias parroquiales para el Monasterio de Montserrat a fin de cooperar a los gastos que se impone el Monasterio en la hospitalidad que da a los peregrinos.

Es otro hecho demostrativo de la extensión del culto de la Virgen de Montserrat la profusión de altares, imágenes en todas las Iglesias de Cataluña y también en tierras extrañas, como lo demuestra Dom Anselmo M. Albarreda en la obra citada.

La fama de la virgen de Montserrat se extendió mucho más allá de las fronteras de la región y sería grande su prestigio cuando cautivaba y atraía peregrinos del país vasco como a Ignacio de Loyola.

Juan Serrat, S. J.

D

Después de que, por envidia del demonio, el género humano se separó miserablemente de Dios, al cual era deudor de su llamamiento a la existencia y de sobrenaturales dones, se dividió en dos campos enemigos, los cuales no cesan de combatirse. El primero es el Reino de Dios en la tierra, esto es, la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros, si quieren pertenecerle desde el fondo del corazón y de modo que les sirva para su salvación, deben necesariamente servir a Dios y a su único Hijo con toda su alma y con toda su voluntad. El segundo es el reino de Satanás. Bajo su imperio y en su poder se encuentran todos los que, según los funestos ejemplos de su jefe y de nuestros primeros padres, se niegan a obedecer a la ley divina y multiplican sus esfuerzos, ora para prescindir de Dios, ora para proceder directamente contra Dios.

EL PATROCINIO DE MARÍA

Trascendencia social de Montserrat

Distribuidora de todas las gracias

Si en el mundo de la Gracia podemos recibir y ser algo es indudable que se lo debemos a Cristo. Sin su amorosa Encarnación, su cruenta Pasión, coronada por la Resurrección, la mayor victoria que han visto los siglos, nada seríamos.

Pero Jesús vino al mundo por medio de María. Junto al nuevo Adán aparece la nueva Eva. El nos trajo la Redención, pero la obra de la Madre le está íntimamente unida.

San Pablo (Tim. 2, 5) afirma: «Uno es el Mediador entre Dios y los hombres; un Hombre, Cristo Jesús.» Realmente, Cristo es el auténtico Mediador, pero también es verdad que la Virgen es la Mediadora asociada. Con su corazón, media e intercede. De la misma forma como un día fué Corredentora nuestra con su sacrificio y su dolor. Ella es el mejor camino para llegar a su Hijo.

En el Misterio de la Inmaculada Concepción, María fué ya predestinada a la altísima misión de Medianera. Ella es como la transición entre el hombre y Dios.

El doctor Torras y Bages escribe: «La omnipotencia, la sabiduría, la pureza, la justicia de Dios, no podrían ligar con la flaqueza, la ignorancia, con la corrupción del pecado del hijo de Adán, si la Providencia soberana no hubiese creado en el mundo una Mujer a la que aplicase los méritos de la Redención previniéndola con bendiciones de santidad y de dulzura, y así, como ha puesto ley al mar, fijándole de dónde no puede pasar, no hubiese puesto también límite al mar de la culpa, dejando a María como una maravillosa isla, semejante a un paraíso, que, rodeada del pecado, y resplandeciente de pureza como un sol, ofreciese a la Justicia y a la Pureza eterna un lugar que no haya estado contaminado, unas entrañas purísimas donde el Verbo eterno no despreciase encarnarse, la Sabiduría, la Pureza, la Omnipotencia de Dios.»

En la Encarnación del Verbo eterno encontramos el punto culminante de la Maternidad de María sobre Jesucristo y sobre cada uno de nosotros. Millot dice: «Que el *Fiat* de María era grávido de la eterna suerte de la humanidad. Si María hubiese rechazado el consentimiento que le pedía el Ángel, el Verbo eterno no se habría hecho carne y el mundo se hubiese visto privado de Redentor.»

La maternidad gloriosa de la Virgen fué consagrada en el Calvario y proclamada, junto con su carácter de mediadora de todas las Gracias, en su Coronación en el Cielo. La Venerable María de Jesús de Agreda describe en su obra *La mística Ciudad de Dios* los beneficios de todo género que se desprenden de la Coronación de María. Dice textualmente: «Las tres divinas personas pusieron en la cabeza de María Santísima una corona de gloria de resplandor y valor tan grandes, como nunca se había visto antes ni se verá nunca más en ninguna criatura. Al mismo tiempo surgió una voz del Trono que decía: Amiga y escogida entre todas las criaturas, nuestro reino es tuyo; tú eres la Reina, Señora y Superiora de los serafines y de todos nuestros ministros los ángeles y de toda la universalidad de nuestras criaturas... Serás Emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su Protectora, su Abogada, su Madre y su Maestra. Serás especial Patrona de los reinos católicos. Serás amiga, defensora y capitana de todos los justos y amigos nuestros y a todos consolarás, según sea su devoción.»

»Para todo esto, te hacemos depositaria de nuestras ri-

quezas, tesorera de nuestros bienes; ponemos en tus manos los auxilios y favores de nuestra Gracia para que tú los distribuyas y no queremos conceder nada al mundo sin que pase por tu mano, y no queremos negarlo, si tú lo concedes a los hombres.»

Por fin, las palabras de Pío X, en su Encíclica *Ad diem illum*, sintetiza con su suprema autoridad el pensamiento de la Iglesia: «María, en unión de Jesús, y habiendo sido escogida como cooperadora en la obra de salvación de los hombres, nos merece *de congruo*, como se dice, lo que Jesucristo nos mereció de condigno, y es la primera Ministro en la distribución de las gracias..., la distribuidora de todos los bienes que nos adquirió Jesucristo con su muerte y su sangre.»

Montserrat y Cataluña

Todos los hombres, pues, estamos bajo el patrocinio y la intercesión de María. Día llegará en que será proclamado Dogma la mediación e intercesión que ejerce. Pero antes de que esta fecha gloriosa llegue, la devoción popular, con el consentimiento moral de la Iglesia, le reconoce por doquier este carácter. Innumerables son los testimonios de ello; María recibe, ha recibido y recibirá el amor de millares y de millares de hombres que le llaman dulcemente Madre y en Ella confían para elevar sus ruegos a Dios, que se encarnó para bien de toda la humanidad en su seno virginal.

Sin duda, no hay pueblo en el que no se sienta esta influencia benéfica de María. Pero en algunos se nota de manera más honda y manifiesta este hecho tan lleno de consuelo y esperanza.

En Cataluña, desde tiempo inmemorial, la ligazón y el afecto hacia Ella es algo intenso, enraizado en lo más profundo de la conciencia popular. No obstante, es preciso reconocer que hasta finales del siglo pasado, el Patronato celestial de la Virgen de Montserrat no fué proclamado solemnemente.

Aun resuenan en todas las tierras catalanas aquellas palabras de León XIII: «Catalanes, en la montaña de Montserrat y en la devota Imagen que allí se venera tenéis a vuestra Madre.» Con ello, no hizo Su Santidad sino reconocer una vieja realidad aceptada y sentida por todos los hijos de Cataluña. En virtud de esta proclamación, todos estamos de manera particular bajo la protección especialísima de la Virgen, que a todos cobija y protege...

Nuestra historia comienza con Ella y hacia Ella se dirige. Montserrat y Cataluña forman una unión indisoluble; están plenamente fundidas. Nada ni nadie podrá separarlas.

Para nosotros es ideal, símbolo y realidad de lo que más deseamos y amamos. Es nuestro hogar, nuestro santuario y nuestro sagrario; el lugar donde nos sentimos en nuestra mayor intimidad y a la vez donde vivimos mejor una visión sobrenatural del mundo y de la vida.

Es la Madre que nos protege, que nos guía, que nos consuela. ¿Quién no se siente atraído a sus plantas en los momentos de zozobra y de angustia y, asimismo, en los de alegría íntima o desbordante? Todos sentimos allí aquella «Deidad que no sabía cómo expresar» el emperador Carlos V.

Es que en la santa montaña — verdadero y grandioso trono de la naturaleza y proyección del cielo sobre la tierra — lo espiritual y lo material se funden entrañablemente. Todo ayuda a elevar el alma y a enervorizar el senti-

miento, porque Montserrat es una afirmación monumental del mundo sobrenatural, que entra por los ojos y llega a lo más hondo del ser humano.

Farinelli, el prestigioso hispanófilo, ha dicho: «El inmóvil coloso que se levanta hacia el cielo en el centro del territorio catalán, tiene una alma, un corazón que se esconde, calla, se agita, participa de todos los acontecimientos, de los dolores y de las esperanzas, de las luchas de los hombres a quienes ampara. Puede decirse que es el guardián del alma catalana, a quien Dios confió su custodia. La Virgen vela como silencioso centinela de la historia de Cataluña.»

Montserrat y la sociedad

Pero la trascendencia de la Imagen, del Monasterio y de la montaña no está limitada a un carácter íntimo; tienen también una trascendencia social.

La santa montaña es nexo de unión y de hermandad para todos los que la pisan y se postran a los pies de su Reina y Señora. Desde el más alto al más humilde, todos sienten la fuerza de su atracción y de su influjo. Muestras innumerables de ello proporciona la historia. Por una parte, son conocidos el aprecio que muchos reyes y grandes de este mundo han sentido por la «Moreneta». Desde Jaime I hasta nuestros tiempos, podrían escribirse volúmenes sobre lo mismo. Junto a ellos, el alma popular, los hombres sencillos y humildes han vibrado y vibran por Ella. Muchos podrían hacer suyo lo que dijo un hijo ilustre de nuestra tierra, acerca de que toda su vida giró alrededor de Montserrat: su nacimiento, su matrimonio, su paternidad; en una palabra, no hay alegría, ni pena en la que no haya relación con la Virgen, Patrona nuestra.

En fin, a los pies de Ella no hay antagonismos, ni contrastes sociales. Vínculos de hermandad se hacen fuertes y duraderos cuando tienen su origen en la Madre, a la que se rinde culto en Montserrat, luz y protección de todos los catalanes.

De la misma manera que acuden a Montserrat los individuos en sus necesidades, las colectividades también se postran ante la Virgen en los momentos de dificultad y de lucha. El Padre Albareda, en su *Història de Montserrat*, explica casos muy elocuentes a este respecto, en los que se demuestra palpablemente el influjo social de nuestro Monasterio y de la Virgen a la que allí se rinde culto. Dejando al margen la acción cultural desplegada en épocas anteriores, y que hoy se mantiene tan viva y pujante, la protección dispensada por la Patrona a pueblos, comarcas y naciones tiene unos caracteres bien marcados.

Notable es el caso de Manresa y de la comarca de Bages, que en 1337 sufrieron una gran sequía; todos los habitantes de la ciudad del Cardoner se dirigieron a la Santa Montaña, como penitentes para alcanzar el favor de la lluvia, que obtuvieron gracias a las preces públicas que allí se llevaron a cabo y al favor de la Virgen. Un caso parecido se repitió en 1628 y, asimismo, durante la gran peste de 1522. Podrían también citarse otros muchos referentes a todas las poblaciones catalanas y especialmente de Igualada, Martorell, Tarrasa y Sabadell, hondamente montserreatinas.

Y lo de ayer se repite hoy. Las fiestas del 27 de abril próximo pasado fueron actos de penitencia, de oración y de amor de todo un pueblo que en los momentos difíciles que pasa el mundo, en busca de una Paz y de una Justicia que no encuentra, se rinde colectivamente, de manera confiada y humilde, a la protección maternal y generosa de Santa María de Montserrat. Y no han sido algo insólito; son el exponente de algo hondo y permanente en la conciencia de Cataluña, continuadamente manifestado a través de su historia.

Montserrat y el mundo

Pero esta trascendencia de Montserrat ha superado ámbitos y épocas. España entera ha recibido la influencia religiosa, cultural y social de Montserrat. La acción destacada de los monjes del Monasterio en los orígenes de la evangelización del nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón es una prueba de gran relieve de lo afirmado...

El nombre de Montserrat no va únicamente unido a la expansión de la antigua Confederación catalano-aragonesa. También España, desde los Reyes Católicos, tiene ligámenes intensos con nuestro Monasterio y, sobre todo, con la Imagen, a la que allí miles de fieles rinden sus amores.

En todo el mundo, Capillas y Santuarios dedicados a la Patrona de Cataluña, son buen exponente de esta acción verdaderamente imperial de Montserrat.

Pero que poco pueden, a pesar de su extraordinario valor, los factores de orden natural, histórico, cultural y estético, para justificar el atractivo montserreatino. El meollo de la influencia social, auténticamente universal, del Santuario de Cataluña está en algo más profundo y firme.

El marco maravilloso de la montaña, verdadero templo natural que es Montserrat y que en palabras de Maragall es «el milagro de Cataluña, aquella cosa nuestra que no se parece a ninguna otra y que está como fuera de las leyes naturales», no es nada sin Ella.

La misma Liturgia, vivida y mantenida, por la por tantos conceptos benemérita Comunidad Benedictina que cuida del Santuario y que tanto influye en la piedad popular, llegando a emocionar y a entusiasmar al hombre de sensibilidad más endurecida, ocupa, casi podríamos decir, un lugar secundario entre lo que ha dado a Montserrat la resonancia mundial de que disfruta.

La causa y origen fundamental de todo está en María y en su Imagen morena. En Montserrat se plasma muy vivamente la realidad espiritual de la mediación de la Madre de Dios, como protectora de todo un pueblo y de toda la humanidad.

Porque nosotros, cuando suplicamos a la Virgen de Montserrat, que tanto amor y devoción despierta, nos dispense su protección, dirigimos nuestros ruegos a María, a la que impera sobre todo el mundo y cada uno de los hombres. A Aquella que intercede y ruega para lograr la perfección y la felicidad de todos, porque todos, como todo el universo, somos suyos, ya que Dios la ha hecho Señora y Madre de toda la Humanidad y de todo lo creado.

Y la Virgen concede sus gracias, porque es la Gran distribuidora y a la vez el mejor medio, casi podríamos decir el único medio idóneo, para llegar al Corazón de Cristo y sobre todo el camino más adecuado para lograr la realización del Reinado social de su Hijo glorioso, hermano nuestro.

Montserrat es primordialmente un magnífico reflejo de una hermosa, consoladora y esperanzada realidad espiritual para todos los hombres. Allí, donde se demuestra tan viva la devoción mariana, encontramos una lección elocuentísima del poder de María, para encender en todos los pechos el afán ferviente del Reinado social de Cristo y a la vez para facilitar que mediante Ella pongamos nuestra oración y nuestro esfuerzo para ayudar a su obtención.

¡Santa María de Montserrat, Patrona de Cataluña, que en la Santa Montaña encendéis los corazones en el amor a Dios y afirmáis los vínculos de hermandad entre los hombres, sigue llevándonos a todos, a los que de los lugares más distintos y distantes se encomiendan a Tu protección, hacia Él, hacia tu Hijo, nuestro Señor y Redentor! Y, sobre todo, que la devoción hacia tu Imagen y hacia Ti sea el camino que nos conduzca al Reinado de Jesucristo, actual, vivo, íntimo y social, sinceramente acatado, sentido y servido.

Emilio M. Boix Selva

MIENTRAS MONTSERRAT EXULTA...

El Divino Parsifal

Montsalvat

*Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso:
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestra el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pinetes.*

No precisa, no, que la crítica histórica dictamine, definitivamente, sobre los fundamentos auténticos en que reposa la tradición del castillo y templo del Santo Grial y su localización en las fronteras heroicas de las marcas hispánicas, sea cabe los solemnes acantilados que sirven de escabel a la majestad del Pirineo aragonés, sea, precisamente, en el mismo lugar en que se eleva el Monasterio de universal renombre al que el Capitán Cristóbal de Virués consagrara su poema. Legítimamente, para nosotros, Montserrat y Montsalvat pueden identificarse, por cuanto, aun en el caso de que todo cuanto representa el segundo fuese pura leyenda, no dejaría ésta nunca de constituir una viva representación del simbolismo profundo que el primero encierra. Desde las épocas más reculadas hasta las presentes —quizá más en las segundas, incluso, que en las primeras— Montserrat era y es, más aún que material, espiritualmente la ciudad «puesta en la raya del enemigo reino poderoso». Y este feliz atavismo, que ni la propia historia logra plenamente justificar, que hace que, ya desde nuestra niñez, hallemos, intuitivamente, en Montserrat, los rasgos de la fortaleza cristiana por excelencia, debe, forzosamente, revestir algún providencial designio. «Verge poderosa, más forta que un exércit en ordre de batalla», la invoca, usando la expresión bíblica, el gran Obispo Torras y Bages, voz quizá profética de futuras luchas espirituales contra morerías más terribles de las que en el medioevo amenazaban la Cristiandad bajo los contrafuertes pirenaicos.

...terrible y bella hurf le fascinó...

*... en sus brazos, él, se adormeció,
en tanto que la Lanza abandonaba...*

Así canta, Gurnemanz, la tragedia legendaria, al acorde de los «leit motiv» wagnerianos y contrapuestos de la Fe, del sueño mortal y de la voluptuosidad. Tragedia de romance, sí, pero no menos real en lo simbólico. ¿No es esta tragedia, quizá, el tremendo y constante problema del medioevo?

Toda la Cristiandad era, entonces, un gran castillo. Había recibido

*... portador del Cielo, el gran mensaje:
la Santa Lanza, de la Pasión emblema
y el Cáliz sagrado, reliquia suprema
que bajo la Cruz la sangre divina recogió.*

Y había recibido otro don. Magnífico, pero sujeto, éste, como todos los grandes dones del Cielo, a aquél que es el más noble pero también el más terrible de todos cuando se desvía: la libertad humana. Era el del príncipe. Era

el de la monarquía, de la sacra monarquía cristiana, y con ella, su alto pedestal, el de la nobleza y de la jerarquía que hacían del cuerpo social una sublime armonía.

Tremendo don. Porque contra él ya había prevenido el Aguila de Patmos: «Mas tengo contra ti alguna cosa: y es que permites a cierta mujer, Jezabel, que se dice Profetisa, el enseñar y seducir a mis siervos, para que caigan en fornicación y coman de las cosas sacrificadas a los ídolos (Apoc., II-20)». Fornicación de profundo contenido, que no se refiere tanto a la carne como al orgullo, cuando los príncipes, rechazando la tutela maternal de la Iglesia, querían sujetarla a su tiranía primero, para mejor excusar sus vicios y su concupiscencia después.

Anfortas, rey del Graal, había fornicado. La bella huri le había desarmado, nueva Dalila, y la llaga de la herida que había recibido, no hallaba, desde entonces, ni curación ni alivio.

*¡Yo, el único culpable entre vosotros,
de este alto Santuario monto guardia!*

Así se lamenta, ante la ironía del destino providencial, el fatigado príncipe. Así pudiera expresarse la monarquía medieval, culpable, rigiendo los destinos de unos súbditos mejores que ella. Anfortas, indigno, no estaba, por ello, menos obligado a officiar ante sus caballeros. Las jerarquías de viejos y antiguos regímenes, a su vez, se hallaban ante la cruel paradoja a que las había conducido su apostasía: a velar por los principios sociales que hacían la felicidad de un pueblo, mejor que ellos mismos.

Mas, «nemo dat quod non habet». Tarde o temprano, la apostasía de los altos hubo de trascender a lo bajo. Al medioevo cristiano sucedió un Renacimiento cuyo resplendor no tuvo sino reflejos de oropel. La herida, incurable, de Anfortas, seguía sin cerrarse. Y no se ha cerrado aún. No faltaron gallardías, en la liquidación de aquel antiguo Régimen que Dios predestinara, pero que resultara infiel al divino plan. No faltaron buenos caballeros, sin miedo y sin tacha, como aquel Gawan, que el mago de Bayreuth saluda con el motivo de la Temeridad, que se arriesgara muy adentro del páramo del infiel para conquistar la hierba medicinal insuficiente... venerable, el viejo Gurnemanz seguía moviendo la cabeza:

*No existe más que un remedio...
¡¡El del Unico!!!*

No había a la sazón, ni existe hoy, realmente, más que un remedio.

Y, como en aquel entonces los caballeros del Montsalvat, aun ahora, la Sociedad entera, lo espera. Espera quien le devuelva la Santa Lanza que le ha sido arrebatada, ya que Dios no permite, ni permitirá jamás, que a la Cristiandad, combatida y «depopulata», se le arrebate también el Cáliz, queremos significar el espiritual Tesoro que le es esencial.

El Parsifal inacabado

La Historia de este Milenio que el presente siglo corona, es, en realidad, la de un gigantesco «Parsifal» inacabado. Es, solamente, la del primer acto de la más sublime de las obras musicales que haya jamás escrito el genio humano. Que, bajo la figura de la «Gloria de Dios», acorde

de órgano y campanas, fine elevando al cielo la suprema invocación:

*Gloria a quienes creen.
¡Gloria a quienes aman!!*

Creer. Amar. He aquí la expresión de esperanza ante los males que aquejan al santo castillo, cada vez más en aprieto ante la presión del enemigo del nombre cristiano, que aprovecha su desfallecimiento interior. Porque, a pesar de su bondad, de su rectitud, ni Gurnemanz ni los caballeros han alcanzado a ver los caminos sobrenaturales, únicos que pudieran socorrerles, y han expulsado a Parsifal, el sencillo, el incomprendido. Y sus espadas, vacilantes, faltos ellos del manjar que hace héroes, a duras penas pueden contener a la morisma... Asimismo, la Sociedad se empeña, siglos ha, en buscar remedio donde sólo hay indignancia, en creer lleno lo que se halla espantosamente vacío...

Es el primer acto. Los otros dos han quedado aun inéditos. No así en las páginas wagnerianas, donde, siguiendo la leyenda, se afirma una teórica solución. Era la solución que el medioevo, cristiano, ansiaba: Parsifal —Parcival, según otros—, vencedor de sus enemigos, simbólico vencedor de la carne, del demonio y del mundo, en significativo orden opuesto. Que rechazó a Kundry y a su seducción. Que fué más fuerte que Klingsor y que su brutalidad. Que superó las asechanzas de las cortes y de los príncipes... Parsifal, que regresa, heroico, interpretación, tan sólo parcial, del «Rey Terrenal» de la colosal meditación ignaciana, y por ello mismo insuficiente...

Y es quizá por razón de esta insuficiencia que la Sociedad moderna, desde el Renacimiento acá, no ha tenido su Parsifal. Héroes, que hayan regresado victoriosos al castillo, sí, ha tenido. Vencedores de blanca veste y armadura brillante han sido los Juanes de Austria y los Sobieski. Mas ninguno de ellos ha logrado rescatar el sacro trofeo de la simbólica Lanza que nos fuera arrebatada. Ni mucho menos ante ellos se ha postrado jamás una Kundry arrepentida... No ha habido ya Cruzados bastante altos, y, siguiendo el camino del despeñadero, estas Armidas medievales han correspondido a la eterna verdad del aviso apocalíptico sobre la cuarta Iglesia. Ni Armidas ni Kundrys han vuelto sobre sus torcidos pasos para ofrecerse, penitentes, trasuntos de Magdalena. Por el contrario: ellas han sido el trasunto, auténtico, de la Jezabel anunciada: sus precursoras.

.....

Y Parsifal, esta pretendida solución medieval al problema angustioso, ya no puede, hoy, ser auténtica solución. «La Humanidad no volverá ya a ser ingenua» es la profunda declaración de Maritain. Pasó la ocasión, y el colosal poema histórico ha de quedar inacabado.

Los recursos humanos están agotados. ¿Qué no se ha ensayado? ¿Qué ilusión ha dejado de agitar las gentes y las conciencias? ¿Qué seducción no ha logrado arrastrar, a menudo, incluso, a los hombres de buena voluntad? ¿Podemos, verosíblemente, esperar aún la llegada de un Parsifal humano cuando parece que el recuerdo de la santa Lanza ya no conmueve a las gentes, y cuando la frialdad ha llegado a rodear el propio altar del Cáliz sagrado? En el poema se espera que sea camino del caballero libertador el prado regado por las lágrimas del hijo pródigo contrito, cuando, al cantar el encanto del Viernes Santo

*El llanto del pecador
rocía la primavera...*

Mas, todas estas riquezas que atesoran las reliquias, han chocado con el hielo humano. Triste, pero fatal consecuencia, de toda una lógica cadena de errores históricos que constituye la moderna Apostasia.

Cáliz y lanza sociales

—¿Cómo, oh Santo mío, dejasteis de alguna manera ocultos los tesoros que os comunicó Jesús cuando os permitió, la víspera de su Pasión, reclinar sobre su divino pecho?, preguntó, en una visión, Santa Gertrudis a San Juan.

—Para que ellos constituyan el supremo remedio ante el frío que se habrá apoderado de los hombres en los últimos tiempos, contestó el Discípulo amado al requerimiento, tan espontáneo y natural, de su devota.

Si el desvío de los hombres les ha apartado de su único Alimento y Remedio, de la Sangre divinizadora; si los propios sacros Emblemas y Reliquias de la Pasión, que hace casi mil años movieron, para su rescate, al Occidente entero a la epopeya de la Cruzada, no parecen decir nada a la triste Sociedad actual, Jesucristo nos ofrece algo aun más íntimo y amoroso que el propio Cáliz preclaro. Su mismo Corazón, por la obertura que en su Costado practicó la Lanza, Cáliz infinitamente más sagrado aun que aquél. Porque es el Cáliz-Fuente.

El Corazón de Jesús ha superado, así, el problema íntimo de cada uno de nosotros, de cada fiel. El Redentor, que desde el día del Calvario, nos tiene concedidos, en toda su integridad, sus tesoros sobrenaturales dentro del Arca de la Iglesia, sin que quepa ya aumentarlos, desde los días de Paray, se digna «llamar a nuestra puerta» para ofrecérnoslos con un atractivo y con una misericordia especial: abriéndonos, de par en par, su Corazón.

Pero esto, declarado a su Sierva desde fines del siglo XVII, tiene en nuestra época una manifestación nueva: la social. Y muy propia de nuestros tiempos, eminentemente sociales. Si bien, en lo esencial, subsiste, para cada uno de nosotros, primordialmente, nuestro personal problema —el de la salvación propia—, no es menos cierto que dicho problema, cada vez más, viene interferido hoy por lo social. Nos es muy difícil, en el día, ante la omnipotencia del Estado, ante las repercusiones de la vida pública, conservar la íntegra independencia de nuestro castillo interior. Por ello es que los problemas generales, políticos, nos apasionan más cada vez, y a título harto justo. Aun cuando no esencial y estrictamente —la gracia de Dios, gravitando sobre cada uno de nosotros, es más fuerte siempre que todo cuanto del exterior nos pueda provenir—, sí moralmente puede asegurarse que en gran parte nuestro porvenir privado se halla vinculado al medio que nos ambienta. El hombre nunca, nunca, había sido, como hoy, tan social. Es significativo que la Iglesia, que como siempre reivindica las excelencias de la vida interior y la primacía de la contemplativa, aun en las órdenes a ella dedicadas, templa un tanto el antiguo aislamiento. No queda remedio: los tiempos lo llevan aparejado.

Y la moderna significación social de la presencia y de la acción de aquel Corazón que de nosotros se apiada, es hacerlo de la turba, es decir, de nuestro conjunto. Y proclamar que el remedio social a los males sociales de la época es éste: la realeza de Cristo, el reinado de su Corazón.

El Divino Parsifal

Y éste sí es el remedio, el Único, que adivinaba el buen Gurnemanz: la proclamación del Parsifal divino, si no es osadía usar esta metáfora en honor al «leit motiv» que inspira las presentes líneas. Un Parsifal divino, que dice algo más a nuestra época de lo que pudiera decir un Parsifal humano, otro Juan de Austria u otro Sobieski como muchos, en su buena fe, aun osan esperar. Un Parsifal ante el que palidece el brillo de las propias ínclitas Reliquias del Cáliz y la Lanza, por cuanto nos ofrece su propia Persona y su propio Amor abierto en la herida del Costado.

Y al llegar aquí, usando siempre del simbolismo vivido que nos ofrecen las páginas wagnerianas de aquel Montsalvat tan nuestro, queremos hacer notar un hecho muy profundo. El mismo que, desde las de esta Revista, remarcaba el P. Ramón Orlandis en su Editorial del número 39, año II, noviembre de 1945, consagrado a la Fiesta de Cristo Rey, al ponderar el aspecto de ésta que es como Idea-Fuerza «destinada a salvar el mundo moderno», y hacernos ver cómo «jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy día para entender la doctrina político-religioso-social, programa del Reino de Cristo».

A primera vista parece una paradoja. Sin embargo, no lo es. Ya nos advierte antes que, precisamente, estas ideas a menudo se precisan y definen, y «llegan a su plenitud» no solamente por la propia madurez del desarrollo de los tiempos, sino al «chocar contra ideas contrarias». No fuese más que en este aspecto, la superioridad de nuestra época es definitiva. Nunca como ahora, cuando se ha procedido de hecho a la liquidación de todas las Monarquías históricas —los miseros restos «constitucionales» que de alguna de ellas resta no hacen sino confirmar el aserto—, cuando la primera entre las Jerarquías humanas ha caído de lo alto de aquellos Tronos que eran el mayor fundamento social, es que se puede analizar, aquilatar y apreciar tanto la idea de la Realeza. Hoy, el pueblo sencillo —que ya, como antes, no es sencillo— no tendrá su Parsifal terreno que pueda, como un telón, hacerle parecer innecesario un Parsifal divino.

No es empero, sin embargo, solamente por contraste, que esta Idea-Fuerza haya de imponerse.

Al lado de tanta miseria, incluso de tanta ignorancia religiosa como nos aqueja, reconoce el citado Padre que, en materia política y social existe, incluso en el más bajo vulgo, «un grado de instrucción muy superior al que jamás ha habido». La «lectura tan difundida», el «interés por la política», todo este conjunto, siquiera «pobre y desvencijado», hace que «la materia no les sea desconocida» y que «los tecnicismos les digan algo». Ello no hubiera podido verse entre los siervos de la gleba, ni aun entre la feliz plebe del «heureux vieux temps», ciertamente.

«Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como Carta Magna de Cristo Rey, que vive en el Cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?»

No lo dudemos. Los actos inéditos que el gran Drama mantiene en suspenso, han de tener una coronación histórica que el Divino Héroe escribirá sobre las ruinas de la Ciudad terrena, Castillo nefando de Klingsor, cueva del Demonio, garito de la Carne en toda la exultante explosión de su insolencia. «Venceré, a pesar de mis enemigos.» No dejemos, no, de repetir a cada instante las palabras de esta Promesa suprema. Ella es necesaria siempre, tanto más cuando el Maligno amaga, sin tregua, su avance sobre el bosque santo, feudo del Graal, y las defensas humanas, aquellos ínclitos caballeros parecen, como el ya apagado son de sus trompetas, desfallecer... Y así ellos (pasando ahora a otro punto fundamental), la «élite» —siempre es menester contar con la selección— se da cuenta de la profunda verdad: «que la más urgente necesidad de nuestro tiempo es sobrenaturalizarlo todo: incluso el Romano Pontífice». Porque también en éste debemos ver, cada vez menos, al hombre. Cada vez más a Cristo viviente. Al no quedar más remedios que los sobrenaturales, más que nunca debemos ver en el Vicario no la persona, sino al divino Representado. En los tiempos medievales no fué así. Por ello era posible escribir el gran poema sacro sin una referencia al Padre común de todos; ahora y en adelante no lo será, porque el Papa ha descendido hasta cada uno de

nosotros, y con nosotros se sostiene en el castillo desmantelado, seguro, sin embargo, de que su Roca no cederá.

La Carta Magna de Cristo Rey para España

En los Juegos Florales de 1877, ante la colosal concurrencia de «La Atlántida» de Mossèn Cinto y «L'any Mil» de Guimerá, pudo quedar un tanto como inapercibida, pero no por ello disminuyó en su valor, una composición exquisita. La que Franquesa y Gomis dedicara a la Moreneta, objeto de un honroso accésit de la Flor. En ella, viéndola rodeada de sus nubes —de aquella «boira» inseparable del pío romero, nota consubstancial de los riscos del Montserrat— en genial arranque, la interroga, desde sus estrofas:

*¿Sentiu d'abaix al món — la remor fonda
dessorat! nuvolat — que vos enronda?
Un diluvi de foch — altra vegada
ofega tots els cors — en ira odiada...*

¿Oís, Señora que moráis en las alturas, un rumor hondo? ¿Lo oís, bajo estas nubes que son vuestro escabel? Otra vez un diluvio de fuego, de iras y de odios ahoga los corazones... A través la niebla baja, llega el rumor... llega a nuestro Montserrat, a nuestro Montsalvat, castillo más auténtico aún en lo espiritual que en sus riscos y acantilados de roca viva. Fuego, iras y odios, que dieron pasto al incendio que prendió hace una década. Materialismo, tremendo materialismo después, en un pueblo naturalmente predestinado, quizá más predestinado que muchos otros a entender y a gustar aquella Carta Magna del amor del Hijo de la Madre que en las peñas de nuestra tierra tiene asentado su palacio del Graal. En un pueblo que tiene, además, la ventaja de haberlo probado ya todo, hallarse de vuelta de todo, sentir desengaño de todo, y para el que muchos fetiches han caído.

A través las nubes bajas, llega a este su alcázar el «tric-trac» de los telares; y el ruido, febril, de un pueblo que trabaja y que progresa, pero que, por desgracia, se apega demasiado a los frutos, de otra parte legítimos, de su labor. Y la trepidación, nada lejana, de la gran urbe a la que el Genio de sus letras conjurara: «... Treballa, pensa, lluyta, mes creu, espera i ora...». Que, realmente, trabaja y piensa, pero que no cree, que no espera, que no ora bastante. Y que, al hacerlo así, contradice, mucho más que otros pueblos y ciudades, su altísima vocación.

Son muchos y profundos los indicios que permiten creer que, si los tiempos modernos se hallan mucho más preparados que otros para entender la idea de Cristo Rey, son los actuales de España, y dentro de ellos, los de Cataluña y Barcelona especialísimamente predestinados con primacía. La evidente mayoría de edad de nuestro catolicismo pensador y combatiente, informando una enraizada cultura sin superior en el mundo, autorizan a creer en ello. Y, para un espíritu sobrenaturalista, no puede ser grave objeción la de considerar el pobre peso de nuestro país en el orbe ante el de los enormes colosos imperiales, dueños del poder y de las riquezas. No obstante lo escaso de nuestra influencia en todos los órdenes, la conciencia de nuestra mayoría de edad espiritual debe hacernos sentir, grávida, la envergadura de nuestra responsabilidad. Estamos, más que muchos, quizá más que casi todos, en situación de recibir y de entender aquel Mensaje, aquella Carta Magna de la Realeza de Cristo que tantos otros, alejados en el tiempo y en el espacio no han estado o no están en situación de comprender. ¿Quiere esto significar que, más que nunca, debemos apretarnos todos en un Montsalvat espiritual, manteniendo enhiesta la bandera de la esperanza, esperando, si es preciso, «con-

tra toda esperanza? Sin duda ninguna. Sólo así seremos fieles al papel que, en su Plan, nos asigna la Providencia. Nosotros cumplamos con él: el resto corre a cargo de ella.

Las actuales fiestas montserratinas, cuando los acontecimientos, significativamente, han dado a nuestra Abadía, en muchos órdenes —tras la destrucción de Montecasino—, una auténtica primacía mundial, se prestan a esta meditación. ¡Es mucho lo que nos ha dado, lo que nos ha guardado aquella Providencia, en medio de un mundo desorbitado, apóstata y desorientado, para negligirlo y no reconocernos deudores, obligados a la gloriosa servidumbre de un especial destino!

La Ciudad Santa, hoy, en la sublime orquestación del Plan que Dios ha impuesto a los siglos, de los que es Dueño, tiene un «leit motiv» que se conjuga con la ma-

jestad de las rocas verticales que salvan —Montsalvat— al que es nuestro Monte-aserrado. Este «leit motiv» es el de la Realeza de Cristo; estamos de enhorabuena, porque no cabe ya «leit motiv» también más sublime. El hubiera hecho— ya lo hizo— estremecer la atávica caballería que corría por las venas del que, desde Loyola, vino a la cueva de Manresa a buscar la luz de Montserrat. Es, a la vez, el Rey Eterno que en definitiva constituye nuestro Alfa y nuestro Omega; mas es también el Rey Temporal que nos mueve, y que, más cerca de nosotros, hombres, es capaz de hacer vibrar las fibras de nuestra hidalguía cristiana. ¡Que aquel ruido de los telares antes citado y que el trepidar de los negocios no nos hagan olvidar el castrense papel que a nosotros, católicos españoles y barceloneses del siglo xx, la Providencia se ha dignado señalar, dándonos honra superior a la que merecemos!

Luis Creus Vidal



„Hilfende Liebe-Frau von Montserrat“

Añozanza montserratina

He subido nuevamente a Montserrat, la Montaña sagrada, afanoso de apretar una personal tradición que más y más me liga a la Virgen que allí se cobija y a cuanto Ella encarna y representa. El regalo de unos días transcurridos en su inmediata proximidad,

apoyado en el interior mismo del Cenobio y en una de sus celdas cuyo ambiente se condensa en sólo tres divisas, candentes y devotas cual saetas que exornan los muros desnudos de cualquier otro ornamento: «Trabaja y ora» como un impulso, «Ven, oh Señor Jesús!» como un deseo vehemente, «En tus manos pongo mi espíritu» como el gesto total y confiado del abandono, compartiendo la liturgia de los monjes y su mesa, son cada año el tónico apetecido y la ocasión esperada para sustraerse al quehacer cotidiano - gris y cargado-, para remozarse y despojarse de escorias, para rehacer energías y guardar después, en tanto la circunstancia se repite, el recuerdo y el sabor de la efímera permanencia espiritualmente continuada por el deseo y la memoria.

Nada difícil resulta sumergirse en el pasado, asomarse a la historia, figurarse el Montserrat antiguo, encontrar su jugo y su raíz, tropezarse a cada paso y tener siempre delante a la Reina y Señora que uno no se cansa de admirar y contemplar hallándole siempre nuevos encantos, descubriéndole atractivos ignotos, expresiones que no se habían captado, sorprendiendo mejor su sello de señoría y aristocracia, de bondad y dulzura, hasta de suave

melancolía que no logra disipar ni la presencia gozosa y radiante del niño sentado y seguro sobre el halda materna. Anoche, cuando en el máximo silencio La veía sólo alumbrada tenuamente por la rojiza claridad de los quince lampadarios, corona en torno suyo, y acariciaba con rara emoción y rendida reverencia, su mano izquierda, vacía de centro, adelantada y medio abierta me hablaba de singular cuidado, tutela y providencia, hasta con un ligero sobresalto sobre cuanto pudiera vacilar y peligrar por su natural fragilidad. En esta peregrinación ascensional y retrospectiva se abstrae uno al presente, bebe abundantemente en la sencillez y hasta en la rusticidad amable de lo primitivo, se mece en lo idílico de la leyenda piadosa y mariana, oye mejor el eco de la montaña repitiendo infatigable la laude gloriosa de la Virgen Madre del Señor, consiguientemente familiarizarse con eremitorios, pastores, rebaños, tintineo de esquilas, anacoretas y penitentes, hogueras de la tierra ahuyentadoras de fríos y de miedos, rutilar de estrellas, voces del cielo condes-

pendiente y amparador. Todo ha mudado y sufrido transformación. El secreto de la serranía ha sido sorprendido y tal vez roto. Su aroma espiritual ha quebrado la urna y el vaso precioso que lo contenía, ha rebasado su cuenco, se ha expandido y ha embalsamado el aire con una fragancia penetrante y tenaz, se han ampliado sus beneficiarios, se han multiplicado los que allí acuden...

**GOZOS EN ALABANZA DE
NUESTRA SEÑORA DE MONSERRAT.**





Y a que nuestra devoción,
En Monserrat os adora:
B. Conducidnos gran Señora
Al puerto de salvación.
O que dichoso fué el día
De vuestra Natividad!
En que la eterna Piedad
Tal bien nos dió en Vos Maria!
Causa de nuestra alegría
Sois desde aquella sazón: etc.
Mirena os queréis mostrar
Con humildad asombrosa,
Siendo ante Dios tan hermosa,
Cuanto Dios os pudo idear:
Quien si Madre os quiere hallar
De Esclava haceis confesion: etc.
Con modestia celestial
Escogisteis por morada
Esta *Montaña Serrada*,
Mas por Vos tan principal,
Que envidiará serle igual
La maravillosa Sion: etc.
En este Monte escondida
Por mucho tiempo estuvisteis,
Hasta que por fin quisisteis
Ser hallada y conocida,
Para ser dulce acogida
Del mortal en su afliccion: etc.
Angelical harmonía
Y celestes resplandores,
Mostráron á unos Pastores
El sitio donde existía
Vuestra imagen, ó Maria,
Digna de veneracion, etc.
Del Cielo así divulgado

Oratio: **Oratio pro nobis Sancta Dei Genitrix.**

Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis, & corporis sanitate gaudere, & gloriosa Beata Maria semper Virginis intercessione, á presentis liberari tristitia, & aeterna perfrui lætitia. Per Christum Dominum nostrum. R. Amen.

ORENUS.

Manresa: Por PABLO ROCA, calle de San Miguel, año 1849.

Desde esta cumbre divina
Con tal gloria y esplendor
Vuestro poder y favor
Cielo, tierra y mar domina,
Que á los Cielos encamina
Todo humano corazón: etc.
Aquí Ignacio admirables,
Aquí Nolasco gloriosos,
Aquí Calasanz piadosos
Os visitáron amables;
Y mil dones inefables
Les disteis por galardón: etc.
Aquí con afán piadoso
Os rinden sus corazones
Todas las generaciones,
El pecador y el virtuoso,
El Monarca, el poderoso,
Y el de humilde condicion: etc.
Pasada ya la tormenta
Causada por la discordia,
Vuestra gran misericordia
De nuevo luce y se ostenta,
Y el Cielo en Vos nos presenta,
El Iris de paz y union: etc.
Vuestros ojos de ternura
No apartéis de nos piadosa
Y á vuestra vista amorosa
Renacerá la hermosa
Del pueblo fiel que procura
Merecer vuestra aficion: etc.

ORACION.
Ya que en triste situacion
Nos veis Madre y Virgen pura:
B. Resucitad la hermosa
Del Carmelo y de Sarón.

Un hallazgo tan precioso
De Manresa presuroso
Vino el Clero y su prelado,
Y el tesoro ya logrado
Se llevan en procesion: etc.
Con vuestra Imagen llegar
Hasta aquí, Dios les consiente:
Mas su fuerza Omnipotente
No les permite avanzar,
Porque aquí queréis fijar
Vuestra sagrada mansion: etc.
Viendo que aquí la morada
Escogiais, Virgen Santa,
La gente pia os levanta
Un templo, dó colocada
Siempre Bienaventurada
Os dirá toda hacion: etc.
Barcelona esclarecida
Quiso haceros Ciudadana,
Mas Vos queréis ser Aldeana
En soledad escogida,
Dó vuestro amor nos convida,
Y nos habla al corazón: etc.
Virgen, Reina soberana,
Del Cielo y tierra Señora,
Descansad aquí en buen hora
Estrella de la mañana,
De la gente Catalana,
Gloria, alegría, blason: etc.
Vuestro trono aquí tenéis
Como Reina poderosa,
Y como Madre ar orosa
Vuestros hijos protejéis,
Desde aquí los defendéis
Si os llaman con devocion: etc.

Y sin embargo, uno no sabe si congratularse del cambio. Quien ha alcanzado aun a vivir los postreros girones de lo antiguo, aun gozándose, experimenta añoranzas indefinibles, tanto más hondas cuanto más imprecisables. Hay menos romeros, hay más turistas y curiosos; hay menos buscadores de huellas divinas, hay más predispuestos a mostrarse atónitos frente a la grandiosa naturaleza; hay menos compungidos, hay más juventud alborozada; hay menos resonancias de himnos contritos, hay más acentos de cantares sin vibración. Era exactamente ayer, conmemoración de Todos los Fieles Difuntos. El Día había transcurrido en el recuerdo de los seres queridos alejados de nosotros por la barrera infranqueable de la muerte y siempre a nuestro lado por una misteriosa y ultraterrena cercanía. Los cantos funerarios y esperanzadores de los Oficios divinos lo ungián todo: la atmósfera exterior y los corazones ni ensombrecidos ni temerosos. La paz era más densa que nunca cuando nos acogíamos al descanso. Por el balcón abierto ascendía desde la hondonada como un vaho espeso que hubiera arrancado a mirtos, romerales y plantas silvestres su esencia y perfume que ensanchaban el pecho. La luna creciente rasgaba trabajosamente las nubes apelotonadas y blancas que corrían el cielo como una turba de gráciles doncellas juguetonas y lo bañaba todo de unos coloridos y cambiantes intraducibles. Era la media noche cuyas doce campanadas se desgranaban desde la vecina torre como un rosario de perlas de cristal purísimo. Un rumor, primero indescifrable, se venía agrandando, tomando figuración y consistencia hasta resultar un coro de mozos y zagalas lanzando al viento sus voces en una canción de moda, pobre de melodía y de palabra, incapaz de incorporarse al folklore sencillo, sano y

robusto donde pasa el espíritu de un pueblo y de una creencia. Aquello producía en las oquedades una resonancia seca, muerta, nada cariciosa, como arrancada a la fuerza; aquello parecía una blasfemia y una profanación, lastimaba los oídos y el alma. Se hubiera dicho de un griterío que pugnaba por ensordecir y acallar las mágicas y divinas armonías que las solemnidades encabezadoras del mes habían prendido generosamente al ambiente entero...

Uno se sentiría sacudido por un temblor místico al recelar que en futuras próximas edades se alcance la desvirtuación de un lugar que si se destaca reciamente sobre el llano y se lanza intrépidamente a la gloria es para invitar y sostener a los audaces que van en su busca y se quieren aproximar a la misma y no para que tan alto suba la miseria y pequeñez humana que hasta la excelsitud se contamine. Uno se avergüenza y teme que llegue a ser imposible descubrir en la Montaña santificada el Santo Graal de la Caridad y del Amor que únicamente una pupila y un alma pura pueden descubrir. ¿No sería posible a los viajeros eventuales de un día recordarles y hacerles mantener un respeto que incitaría al recogimiento, a la fácil reflexión y obraría siempre en el espíritu como rocío bienhechor para no desmentir lo que a poca costa siempre sería verdad: que nadie se llega a la Reina de los Angeles y Madre de los Hombres, dondequiera que sea, pero singularmente en su Sede montserratina, sin recibir la bendición de su influencia y el galardón de su agradecimiento al más pequeño obsequio del más sencillo corazón?...

Camilo Coscolla Plana
Capitán-Capellán

Montserrat, 3 de noviembre 1946.

Aragón tiene el privilegio de haber sido visitado por María en carne mortal

NI AUN DURANTE LA DOMINACION AGARENA, QUEDO INTERRUMPIDO EL CULTO A LA MADRE DE DIOS

Tiene Aragón el privilegio de haber sido honrado con la presencia real de María, aquella mañana del 2 de enero del año cuarenta de la era cristiana, en que se apareció la Reina de los Cielos en carne mortal a Santiago y sus discípulos cuando se hallaban orando a orillas del Ebro.

Desde aquel venturoso día no ha dejado de recibir culto la Virgen en la sencilla capilla que el hijo del Trueno edificara por mandato de la Señora y que fué el primer templo mariano del mundo, hoy convertido en la hermosa basílica cuya esbelta silueta es familiar a todos los católicos.

Ni durante las cruentas persecuciones de los romanos, ni después, cuando las devastadoras invasiones de godos, vándalos y alanos, se han visto interrumpidas las oraciones, cabe la sagrada Columna «que ha de permanecer firme, segura e inmóvil hasta la consumación de los siglos».

Tenaz fué la defensa de Zaragoza cuando las huestes musulmanas llegaron hasta sus puertas, teniendo que sucumbir los bravos defensores zaragozanos ante la superioridad numérica de los invasores, lo mismo que siglos más tarde hubo de repetirse la hazaña, cuando los memorables Sitios en la guerra de la Independencia.

Al capitular Zaragoza en 716 a los moros, éstos, irritados por la heroica resistencia de sus moradores, que

habiales producido innumerables bajas, impusieron una fuerte contribución de sangre, pero pudieron lograr los zaragozanos que el templo donde se hallaba la imagen de la Virgen de sus amores no fuera cerrado, consiguiendo, además, que en la capitulación quedara fijado un recinto en la ciudad en torno a la capilla mariana, donde se permitía vivir a los cristianos zaragozanos.

De esta manera se cumplía aquella sentencia de que la sagrada Columna ha de permanecer incommovible hasta el fin de los siglos, y, mientras en la mayoría del suelo español invadido por las huestes de Tarik, los cristianos pasaban por el dolor de verse imposibilitados de elevar sus oraciones en los sagrados recintos de sus iglesias, Zaragoza mantenía el culto en la Capilla de Santa María la Mayor, como se la llamaba entonces.

Huyendo del avance de la morisma, fueron muchos los cristianos que con sus obispos y sacerdotes marcharon a refugiarse en los riscos pirenaicos —como los cristianos de Castilla y León concentráronse en los valles asturianos—, y en todo el Pirineo surgió una floración espléndida de ermitas y cenobios bajo el influjo de la Corte jacetana y del Real Monasterio de San Juan de la Peña, asilo de reyes, de prelados y de monjes.

Existían ya en aquellos lugares algunos monasterios,

cuya fundación databa del siglo VIII, como el de Ovara, situado cerca de Roda (Huesca), la catedral ribagorzana, fundado por el conde Bernardo y su mujer Toda Galindez y donde establecieron monjes benedictinos. Allí continuó recibiendo culto la Virgen durante la dominación agarena, pues Santa María de Ovara titulábase aquel monasterio. Y parejo en antigüedad era el de Nuestra Señora del Pueyo, de Acumuer, villa situada en la frontera con Francia, no lejos de Panticosa, fundado en 830 por don Galindo, hijo del conde Aznar, el conquistador de Jaca a los árabes.

Todavía llama la atención por su esbelta y bella tracería, del primitivo y más puro románico, la iglesia de Santa Cruz de la Serós, no lejos del monasterio de San Juan de la Peña, consagrada también a Santa María, que recibió el nombre de Real Monasterio de la Sosores, con el ingreso en su claustro de doña Urraca, hija de Ramiro I el Monje, cuyo sepulcro, joya inestimable del románico, se halla depositado en el monasterio de las Benedictinas de Jaca, que proceden de aquel antiquísimo cenobio.

De mayor antigüedad es la capilla de la Virgen de la Victoria, en las cercanías de Jaca, edificada hacia 758, para conmemorar la victoria alcanzada por el conde Aznar sobre los moros, que devolvió a poder de los cristianos la ciudad jacetana.

García Iñiguez, uno de los monarcas navarro-aragoneses, fundó el monasterio de Santa María de Fonfría, consagrado a la Virgen y habitado también por hijos de San Benito, cerca de la villa de Salvatierra, no lejos de la frontera de Navarra. Años después fué anexionado este cenobio al de San Juan de la Peña.

Al conde Vandregisito y su mujer la condesa María, hija de Aznar el de Jaca, se debe la fundación en 835 del monasterio de Alaón, dedicado a Nuestra Señora de la O. Lo hizo con el consentimiento de Bartolomé, Arzobispo de Norbona y bendijo la iglesia Sisebuto, obispo de Urgel, a cuya ceremonia asistieron diez abades. Esta iglesia aun subsiste y pertenece actualmente a la diócesis de Urgel.

No menos antigua es la ermita de la Virgen de la Piedad en la parroquia de Serué, a la cual hizo algunas donaciones Sancho Abarca, que reinó entre 970 y 992, y de la misma advocación existía otra ermita en la parroquia de San Vicente, también de la diócesis de Jaca, que fué favorecida igualmente por aquel monarca.

Aquel foco esplendente de sapiencia y de oración, como era San Juan de la Peña, no cesó de irradiar desde los primeros tiempos su acción ecuménica por todo el Pirineo y de sus claustros salieron muchos monjes, que junto con otros de Narbona y de Ripoll, fundaron numerosos monasterios, la mayoría de ellos consagrados a María, o ermitas en las cuales recibía también culto la Virgen, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días.

De aquellos remotos tiempos son: una ermita en el pueblo de Borau, consagrada a la Virgen del Pilar y fundada en el siglo nono; de este siglo data asimismo la iglesia de Nuestra Señora de los Bañales, en la villa de Uncastillo; la de la Virgen de la Peña, en el pueblo de Santa Cilia, una de las siete iglesias que fueron agregadas al monasterio pinatense por Ramiro I; Nuestra Señora de Yezol, en el pueblo de Orés; la ermita de la Virgen de la Piedad, en la parroquia de Serué, cuya fundación se atribuye a Sancho Abarca, y de la de Santa María de Vallarán en San Julián, en cuyo recinto reposó el cuerpo de San Indalecio (discípulo de Cristo y enviado a España con Santiago), en tránsito para San Juan de la Peña. El cuerpo de San Indalecio fué trasladado a las montañas pirenaicas desde Almería, a fin de evitar fuera profanado por los moros. Una vez llegados los restos de aquel Santo al cenobio pinatense, fueron colocados en una preciosa



urna de plata recamada de pedrería, regalo de don Sancho Ramírez, pero habiéndose quemado en el incendio que en 1495 destruyó el Real Monasterio, fueron trasladados los huesos a otra urna de plata, más modesta, que fué depositada en el altar mayor de la catedral de Jaca.

Ya en los siglos X y XI van siendo numerosas las iglesias que se fundan en todo el Alto Aragón, en muchas de las cuales se establecen hijos de San Benito y que son consagradas a la Virgen María. Así la de la Virgen de Escabué, cerca de la villa de Hecho, fundada por Alfonso I el Batallador; Nuestra Señora de la Sierra, en Murillo de Gállego; Nuestra Señora del Puyal, en la villa de Luesis, muy favorecida con donaciones por los reyes; la Virgen de las Nieves, en la parroquia de Yesero; Nuestra Señora de la Esperanza, en Villarreal; Nuestra Señora de Miralmonte, en Ardisa, fundada por Sancho Ramírez, hijo de Ramiro I, en conmemoración de una batalla ganada a los moros; Nuestra Señora del Pueyo, en Biniés; Nuestra Señora de los Palacios en el pueblo de Martirero, a la cual Sancho Ramírez llama capilla suya, porque junto a aquella iglesia tuvo dicho monarca su residencia durante algún tiempo; Santa María de Yguacel, uno de los más bellos templos románicos, que todavía se conserva; Nuestra Señora del Trunjillo, cerca de Castiello de Jaca... y otras muchas, cuya enumeración nos llevaría a hacer excesivamente largo este trabajo.

A medida que la reconquista va avanzando hacia el sur, se multiplican las iglesias en todo Aragón, consagradas muchas de ellas a la Virgen María, unas para ofrecer digna morada a imágenes milagrosamente aparecidas, otras para conmemorar victoriosos hechos de armas de los cristianos sobre la morisma.

Fueron igualmente numerosas las ermitas e iglesias fundadas desde entonces en todo Aragón consagradas a la Virgen del Pilar, cuya devoción se ha extendido en siglos posteriores por toda España y América, llegando a ser sin duda la más conocida, pues no en balde dice la copla:

«Es la Virgen del Pilar
la que más altares tiene...»

Victoriano Navarro González

LA VIRGEN DE MONTSERRAT TIENE EN SEVILLA SU «PASO»

¡Primavera del 38! ¡Primavera de guerra! Trueno el cañón en todos los frentes y España se desangra lentamente. Está dividida en dos bandos. Por mares y montañas siguen huyendo de la Barcelona roja españoles que, con ansias de amor patrio, van a refugiarse donde todo es acogimiento, justicia y piedad.

Para unos acaba su doloroso calvario en San Sebastián, y para otros en Sevilla, donde sus hermanos los sevillanos les brindan hospitalidad y reposo, y donde viven felices y contentos al amparo de la única y legítima bandera de la Patria.

¡Primavera del 38! ¡Primavera de soles encendidos en las peladas cimas de Sierra Morena! ¡Primavera en que brotan a miles las conductas gloriosas y ejemplares como brazadas de amapolas! ¡Primavera sevillana donde apuntan, con el mes de marzo, los primeros botones perfumados de los almendros y azahares en flor! Es Semana Santa, y la piedad del Caudillo Franco hace que enmudezca el cañón y cese la lucha en todos los frentes; mientras que por las calles sevillanas van desfilando lentamente las maravillosas Cofradías con una religiosidad exuberante y extraña, cuya originalidad y fuerza cautivante no tienen rival.

Hay que olvidar todas las manifestaciones religiosas de Europa, y todas las procesiones, para comprender el sentido de la Semana Santa en Sevilla. Allí no es la Iglesia la que está de fiesta, es el pueblo; y la Iglesia se limita a abrir las puertas de los templos ante los cortejos. Sevilla entera pertenece a sus Cofradías desde su nacimiento, y cada una tiene su «paso», casi siempre obra de un artista insigne.

Son las dos de la madrugada, y en la Plaza de San Lorenzo, en estrecha aglomeración, esperan millares de personas. Al toque de la campana se apagan las luces, y la radiante claridad de la luna se extiende sobre la silen-

ciosa multitud que contiene el aliento. ¡No se mueve el aire! ¡Qué deliciosa consunción de la atmósfera!... El portalón de la iglesia se abre sin ruido, y entre las capuchas puntiagudas de los cofrades aparece la maravillosa silueta del Cristo del Gran Poder. Exhala la multitud un grito de admiración y súplica, y de los pechos salen plegarias y de los ojos lágrimas, mientras el Cristo doliente prosigue su camino por las tortuosas y estrechas callejuelas sevillanas.

¡Primavera del 38! Sevilla es un hervidero humano de refugiados, y entre ellos el mayor contingente es de catalanes, que, como sus hermanos los andaluces, sienten la tradición y el fervor religioso. Sevilla entera recordará siempre aquella hermandad de refugiados catalanes que, transidos de dolores y penas, sin hogar y sin familia, pero llenos de ardoroso entusiasmo, de fervor religioso y de confianza en Dios, desfiló la noche del Viernes Santo por sus tortuosas y pintorescas calles con la vela en una mano y el rosario en la otra, acompañando a su virgen predilecta, la de Montserrat, que los buenos sevillanos veneran en su magnífico templo de la Magdalena, y, aunque blanca como el lirio, a todos nos recordaba nuestra «Moreneta», que, escondida entre los escarpados picos de Montserrat, velaría por todos sus hijos. ¡Teníamos tanto que pedirle! ¡Quién de nosotros no tenía un padre, un hijo, un marido, un novio en la guerra!

Era tanta y tanta nuestra devoción y fe, nuestra desgracia y dolor, que la seriedad y tristeza de nuestra procesión impresionó a los buenos sevillanos, que, condolidos, no se cansaban de dar vivas a la Virgen de Montserrat y a todos los catalanes que, sin hogar y sin rumbo, pero con una esperanza muy grande, vagábamos por aquellas hospitalarias y benditas tierras de Andalucía, donde tiene su trono la Virgen de la Esperanza, que, junto con la «Moreneta», quisiéramos ver por tierras de Cataluña.

Aurora Geli de Lafont



Cataluña y la Revolución Francesa

«NO QUEREMOS A TAL GENTE
PORQUE NO CONOCEN A DIOS OMNIPOTENTE.»

(Del pasquín fijado en Mataró el 13 de Marzo de 1793, aludiendo a los franceses y que se conserva en el archivo de la Capitanía General de Cataluña)

Cataluña, 1793

El Principado de Cataluña vivía, como ninguna otra región, las horas de lucha de Francia. Jerarquías eclesiásticas y sacerdotes, que se habían negado a jurar la Constitución Civil del Clero, y numerosísimos emigrados de todas las clases sociales, aflúan sobre la tierra catalana, buscando en ella asilo. Con simpatía y afecto eran acogidos. Llegaban en la mayor indigencia y no se les escatimaron los auxilios de que estaban necesitados.

Al lado de esta corriente de simpatía hacia la causa de la Monarquía francesa, otra, de signo contrario, pretendía ejercer notoria influencia en los súbditos del Principado. Más claras que nuestras palabras serán las del General Dugommier, que escribía, en 1794, durante la invasión de Cataluña por las tropas francesas: «... lo que sobre todo debe decidir a atraernos a los catalanes es la seguridad de establecer entre Francia y España un nuevo baluarte más sólido que los Pirineos. Tal es la ventaja que presentan los catalanes reunidos en nuestra República. El catalán es bravo, activo, trabajador, enemigo de España... La bandera de la Fraternidad marchará delante de nuestra vanguardia, el santo y seña será protección, y los catalanes pronto afrancesados, me atrevo a predecirlo, nos facilitarán nuestros proyectos ulteriores sobre España.» Los hechos probarían que el general revolucionario se equivocaba en sus concepciones y esperanzas.

Esta otra corriente, a la que nos referíamos, era la de la Revolución. Francia, interpretando malamente los sentimientos catalanes, soñaba con la anexión de Cataluña. Y halagaba sus sentimientos e intentaba atraerla hacia la Revolución. Historiadores hay que afirman que el propio Robespierre estuvo en Perpiñán con tales fines, mientras otros dicen que se trataba de un amigo y enviado suyo llamado Roberts Pierre. Se tradujo al catalán la Constitución francesa y en la zona fronteriza funcionaron comités revolucionarios cuya tarea era infiltrar en España sus ideas. En el interior, conspiraron activamente, y Carlos IV tuvo que ordenar el internamiento a lugares adentrados en España de los franceses que residían en las zonas fronterizas.

Pero en el pueblo español (incluyendo, naturalmente, el catalán) no hicieron mella tales propagandas demagógicas ni tales artimañas. Los españoles no creían en las libertades que pregonaban ni en la felicidad que prometían, ni se sentían esclavos de los «opresores del género humano: los reyes, los clérigos y los frailes» (1). Muy de otra manera había de responder España, con Cataluña a la cabeza, de como lo esperaban los asaltantes de la Bastilla.

Guerra contra Francia

Cataluña respondió a los planes franceses y a su Revolución con el unánime sentimiento, lleno de fuerza popular, de la guerra contra Francia, sentimiento que com-

(1) Estas palabras están sacadas de un «Aviso al pueblo español», que se distribuyó profusamente. En él se decía también: «Un pueblo soberano os ofrece un asilo en Francia, en el seno de los defensores de la humanidad, representada en los derechos imprescriptibles del hombre, cuyas semillas producirán un día la felicidad de todas las naciones, expulsando de los suntuosos tronos la superstición y la tiranía, para colocar en su lugar la igualdad y la razón... El fuego eléctrico de la libertad, esparcido ya de una extremidad de la Europa a la otra, debe llenaros de una justa indignación...»

partían todas las regiones españolas y principalmente las fronterizas.

Los revolucionarios franceses proseguían su labor. El Rey subió al cadalso. El espíritu español antirrevolucionario iba aumentando a medida que la Revolución aumentaba su saña con sus grandes víctimas: la Religión católica, Francia y Luis XVI. Las *Gacetas* se cubrían con las listas numéricas de los mozos que, a centenares, se presentaban solicitando el ingreso en el ejército. El Estado recibía continuas y numerosas ofertas, hechas por todas las clases, para el sostenimiento de la guerra. Con palabras escuetas y claras nos dice el General Foy (2) que «llegaron de todas partes los donativos; Cataluña solicitó el levantamiento en masa, y Vizcaya y Navarra hicieron un llamamiento general a sus pueblos... Todas las clases y todos los Estados querían vencer o morir por la Patria...»

La capital del Principado catalán envió al Rey un memorial ofreciéndole la formación de un cuerpo de voluntarios de tropa ligera, «vestidos, armados, mantenidos a sus expensas», añadiendo que la ciudad cuidará de su propia custodia y defensa «guarneciéndola en parte o enteramente cuando debiese apartarse de ella la tropa». La nobleza formó las compañías de Granaderos. Y los ochenta y dos Gremios barceloneses contribuyeron a formar las de Fusileros; en ellas, al lado de los alquiladores de mulos, estaban los «escribanos de Cámara y de la Real Audiencia»; al lado de los albañiles, los arquitectos; al lado de los fabricantes y tejedores, los zapateros remendones...

Este espíritu y esta fuerza popular obligaron al Gobierno a decidirse por la declaración de guerra, a pesar de que se mostraba, con el Conde Aranda al frente, contrario a ella, y por todo pasó antes de declararla. En estas circunstancias, Aranda fué destituido y reemplazado por Godoy, quien primero mostró sus deseos de salvar al Rey francés, pero terminó por aliarse con la República, traicionando con ello los sentimientos y la voluntad del pueblo español y aun los de su propio Rey. Pero Carlos IV era demasiado indolente para prevenirse de los males que tal actitud de su favorito le acarrearían y tomar una enérgica decisión ante la desidia mostrada por sus Ministros, que no habían de ser precisamente la muralla que contuviese su prisión por Napoleón, prisión que fué el grito de batalla del formidable alzamiento que promovió la Guerra de la Independencia. Tal abjuración de sus deberes de monarca haría llevar doloroso luto a España en los años sucesivos.

Y para terminar con la exposición de este hecho popular que fué la campaña contra Francia en 1793, que halló una de sus fuerzas principales en Cataluña, traemos a colación las siguientes palabras de Aulestia y Pijoán en su *Història de Catalunya*: «La tierra toda, a pesar de los conmovedores recuerdos que inspiraba en ella el grito de libertad, sabía por constante intuición distinguir entre la verdadera y la falsa; y si podía olvidar los agravios que se le habían inferido a principios del siglo por las regiones del centro de España, no estaba ahora dispuesta a dejarse arrastrar por corrientes que nada le aseguraban respecto a su pérdida autonomía y que ponían en peligro la independencia de la nación. Eso explica que la guerra grande

(2) Citado por Gómez de Arce en su historia del «Reinado de Carlos IV».

del 93 fuese verdaderamente popular, particularmente en Cataluña. Este sacrificio, nueva prueba del españolismo de la tierra catalana, hasta en una época como ésta, en que no había sombra de fueros y, por lo tanto, en que no cabían los celos de parte de las otras regiones, tampoco fué estimado por los cortesanos».

Paréntesis y enlace con la guerra de la Independencia

Nadie ha puesto en duda la fuerza popular de la campaña contra la República francesa, que culminó con la ocupación del Rosellón, tierra irredenta catalana. Los historiadores liberales, no pudiendo ocultar el hecho, han adoptado por una de estas dos tácticas: o silenciarlo o considerar que, si el hecho se produjo, fué gracias a la influencia y excitación del Clero, tópico harto desacreditado por el excesivo y desatinado uso que se ha hecho de él.

Contrasta en Cataluña el hecho de que ochenta años antes de la guerra contra la República francesa, era ella el baluarte más tenaz que se opuso en España al advenimiento de los Borbones. Aun firmada la paz de Utrech, en abril de 1713, con la que se dió fin a la guerra de Sucesión, siguió Cataluña defendiendo con las armas los derechos de los Habsburgo, la dinastía que tantos días de gloria dió a España. Sólo cuando Barcelona, en 1714, fué ocupada, Cataluña depuso las armas. Su resistencia le valió la anulación de fueros y libertades y la pérdida de instituciones muy amadas.

¿Cómo entender entonces que, ahora, esa Barcelona y esa Cataluña se levantaran tan espontánea y unánimemente por la causa de un Borbón? El Principado, con este gesto suyo, demostraba a la historia y a los hombres que muy por encima de sus afectos personales estaba su amor a la Religión, a su Patria grande y a la Monarquía, y que todo, absolutamente todo, podía olvidarlo cuando se trataba de la defensa de tales amores y de la causa que los encarnaba, acaudillada entonces por aquellos Borbones contra los que peleó tan denodadamente.

Rasgo de sublime generosidad, de amor sublime, que podía haber borrado definitivamente los resquemores catalanes, que volvieron a brotar cuando las Cortes liberales de Cádiz dividieron a España en múltiples y uniformes provincias, copia fiel del patrón francés de los departamentos, llegando con ello al cenit de su política tiránica y centralizadora.

Mal interpretaron los franceses los sentimientos catalanes, como mal los interpretaron quienes levantaron la bandera bastardeada de un catalanismo ondeada por los vientos de Francia y a espaldas del puro y sano españolismo catalán. Mal los interpretaron los franceses que soñaban que Cataluña, al soplo de la Revolución, abandonaría España para adherirse a Francia. El pueblo catalán, unánimemente, les dió la respuesta en 1793, como más tarde nuevamente se la daría cuando la guerra de la Independencia hiciera levantar a España entera abrazada con la muerte y el odio al invasor.

España, y con ella Cataluña, no quería la Revolución francesa, desechaba al liberalismo anticatólico y extranjerizante. Y con letras de oro y sangre quedaron grabadas en la Historia dos gestas épicas que mostraron tal sentimiento: la campaña contra la República francesa y la guerra de la Independencia. La primera, antecedente inmediato de la segunda. Y ésta producida no sólo contra la invasión francesa, sí que también, y en su parte principal, contra la Revolución, cuyas huestes guerreras acaudillaba Napoleón Bonaparte, al que la Musa popular no dudó en llamarle «Malaparte».

Prueba de este aserto nos la dan los folletos y proclamas que circularon durante la invasión y de los cuales vamos a citar algunos como botones de muestra que tenemos a mano:

«El Obispo Rey. Alegato histórico a favor de la Iglesia Romana injustamente despojada por la rapacidad francesa», Tarragona, en la imprenta de Miguel y Joaquín Puigrubí.

«Centinela contra algunos españoles alquilados por Bonaparte para derribar la Religión y el trono de España», Manresa, Ignacio Abadal, impresor.

«Paráfrasis o glosa de la carta del Apóstol San Judas Tadeo a todos los fieles para que nos guardemos de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, su doctrina y su Iglesia», Palma, imprenta de Brusi.

La batalla del Bruch

«Puede decirse, con razón, que fué de Montserrat de donde saltó la chispa que abrasó a toda Cataluña. A los ojos de los catalanes pareció que venía del cielo mismo, pues no podían comprender que un cuerpo de esas tropas francesas tan renombradas se hubiese retirado ante un enjambre de paisanos sin una intervención sobrenatural, y así atribuyeron este honor a Nuestra Señora de Montserrat.» Estas palabras tan significativas no son de un español, y menos aún de un catalán: son de un general francés, Laffaille, y están sacadas de sus memorias sobre las campañas de Cataluña.

Y valga ahora otro testimonio francés. El mariscal Gouvion Saint-Cyr, jefe del Séptimo Cuerpo, en el «Diario de operaciones del Ejército de Cataluña en 1808 y 1809», en su capítulo primero nos dice que, al pasar por París camino de España para tomar el mando que le había sido asignado, vió al Emperador, «que le explicó los desastres de sus ejércitos, todavía ignorados del público: eran los primeros reveses que tenía sobre el continente; estaba singularmente afectado, casi abatido... El general en jefe le preguntó si tenía instrucciones particulares que darle: «No, respondió él; la única cosa que le recomiendo es que ponga todos sus esfuerzos en conservarme Barcelona, pues si perdéis esa plaza yo no volveré a tomarla ni con ochenta mil hombres.»

Tal era el ánimo que en Napoleón producían los acontecimientos españoles y el temor que le inspiraba la actitud de Cataluña. Pero, sigamos con Saint-Cyr, que, hablando de Cataluña, dice: «Sus esfuerzos durante la última lucha fueron inauditos. Ella armó a todos sus habitantes aptos para las armas, bajo la denominación de somatenes, antigua milicia particular en la región...»

También ha organizado Cataluña cuarenta tercios de migueletes, sin contar el considerable número de reclutas enrolados en el ejército regular, y mantiene a sus expensas, sin ninguna ayuda del Tesoro, cuarenta y seis mil hombres...

Los habitantes de las plazas fuertes defienden ellos mismos sus posiciones, lo que permite reducir las guarniciones dejando disponibles gran número de soldados.»

Estas palabras del jefe del ejército invasor de Cataluña nos dan cuenta cabal del espíritu y del entusiasmo popular en el alzamiento contra los franceses. Saint-Cyr nos dice también, en el prólogo de su diario de operaciones, con una sinceridad verdaderamente digna: «... nadie dudó de los deseos del Emperador. Entonces el Príncipe de la Paz vió, aunque demasiado tarde, el fruto que tenía que recoger de sus culpables intrigas y de su inepta confianza; ellos debían precipitar del trono a un monarca digno de mejor suerte y cubrir a España de desastres y ruinas. Los franceses no tardaron en apercibirse de la fermentación que reinaba en las provincias... La animosidad aumentó hasta que a primeros de junio la insurrección estalló por todas partes, más fuerte y más completa en Cataluña que en ninguna otra parte del reino.»

«Via fora, sometent!», es el grito de guerra que resuena por toda Cataluña. Y a su clamor los somatenes se reorganizan y se lanzan a buscar batallas. Dato curioso y signifi-

NOVA RELACIÓ.
COBLAS QUE SE HAN DICTADAS DEL REGIMENT NOU
que fa la Ciutat de Barcelona.



<p>Ay diu vuit de Maig La Bandera han plantada Y en casa de la Ciutat A la una de la tarda. Voluntaris Ciutadans Tropa ligera y galana, A la guerra Fadrinetts Que la Ciutat nos demana. Anem minyonets correm Tots y asentarme plassa, Los fadrins y no casats La mes linda Musardalla. Voluntaris, &c. Los Grennis de la Ciutat Tots los gastos ja nos pagan, Peraque los Menestrals No agian de anar à Campanya. Voluntaris, &c. Yá el Rey han ofert Un Regiment per la ralla, Y aqueix ne durará (za. Fins q'hsorem guanyat la Fran- Voluntaris, &c. Lo vestit es lleugeret Hermos y de linda talla; Los Soldats son ben plantats Y tots son gent de gran fama. Voluntaris, &c. Armilla y Calsas de viors Y tot es de una Talla, La Jupa de un vert foch Y la gireta encarnada.</p>	<p>Voluntaris, &c. Un mocadó negra al coll Ab la baloneta de anta, La Cartuxera al debant Posads à la Catalana. Voluntaris, &c. Las Armas de la Ciutat An portarém en la banda Sabatas y Calsonets Una Pistola y un Sabra. Voluntaris, &c. Al Barret sense geló La Escarapela hi resalta, Lo Ganveto blau turquí Y la bureta de grana. Voluntaris, &c. Del primer que van vestit Lo seu nom ja sen declara, Que sen diu lo Rusinyol Que en Jesus ja ni estaba. Voluntaris, &c. Aqueix tal que van vestit Te nou pams y una pulgada, Reforçat y un poch gruixut. Y es un minyó de gran planta. Voluntaris, &c. Tres eran pera vestit An Canaleta y L'Arasma, Y tambe an Santa Coloma Que en la Ciutat se encontraba. Voluntaris, &c. De tots Estaments ni ha</p>	<p>En lo Regiment que se, arma, Apotecaris, Barbers, Y tots son gent de sà casa. Voluntaris, &c. Y acabat lo Regiment Abem de anar à Campanya, Preveniuvos Soldats meus Ab la Verge Soberana. Voluntaris, &c. Y acabat lo Batalló Tots anirém à la ralla Y vosaltres Menestrals Anirém à montà guarda. Voluntaris, &c. A Deu siau Menestrals Y tota rosa encarnada, A Deu siau fadrinetts Que de Rosas ni ha anyada. Voluntaris, &c. Las Donzellas quedarán No se jo com explicarme, Perque los fadrinetts Tots han de anar à Campanya. Voluntaris, &c. A Deu Barcelona à Deu A Deu regalada patria, Que tots mem à morí Pera defensar Espanya. Voluntaris Ciutadans Tropa ligera y galana Al fíoret dels Catalans La Ciutat fa anà à Campanya.</p>
--	---	---

Ab llicencia. Barcelona: Per Matheu Barceló, Estamper y Llibreter, Plassa de Junqueras.
Se ven en casa de Francesch Solá, Llibreter, debant de la Iglesia del Hospital.

cativo, que sirve también de muestra, y nos vale de ejemplo, es que el pendón de Verdú, risueño pueblo de Lérida, lleva, debajo de la imagen de su Santo Patrón, el lema «Por el Rey y por la Ley», lema que podrá extrañar a primera vista, pero, meditando sobre él, nos da clara idea del espíritu catalán de entonces. «Un Rey y una Ley» es el lema de la Casa de Borbón, la misma que disolvió a los somatenes, que ahora resurgen espontáneamente. Y la Cataluña que un día se opuso tenazmente a ella, entra en la lucha enarbolando sus pendones «Por el Rey y por la Ley». ¡El pasado estaba olvidado en la épica lucha por la causa común!

«Religió, Pàtria i Rey, són los que damanan aquest servey» es el lema que adoptan los almogávares, cuerpo creado en 1810, y que nos dice que en la guerra de la Independencia se defendía algo más que la libertad de la Patria invadida..

Cien mil franceses ocupan Cataluña. ¿Quién va a oponerse a fuerza tal de un ejército que jamás ha sido vencido? «La brigada Schwartz marchaba hacia Montserrat; el 6 de junio fué rechazada, con pérdidas, en los pueblos del Bruch, por un pequeño número de paisanos.» Así, lacónicamente, da cuenta Saint-Cyr de la acción del Bruch en la reseña de las operaciones habidas antes de su mando. Muy lacónico, es cierto, pero ¡cuán profunda verdad y cuánta grandeza encierra!

«Un pequeño número de paisanos» derrota, por vez primera, a los ejércitos de Napoleón, invencibles delante de los más poderosos ejércitos regulares de toda Europa. Schwartz marchaba hacia Montserrat y hacia Lérida. Los somatenes de Manresa, Igualada, Sallent y Moyá le esperan en el Bruch. Los igualadinos abren fuego y se encarniza una desigual batalla. Van llegando más somatenes de la co-

marca y, entre ellos, el de Sampedor, cuyo tambor empieza a redoblar con todo el impetu que su encendido entusiasmo le proporciona. Y el entusiasmo se transmite a los catalanes. Y Schwartz se retira, derrotado vergonzosamente por «un pequeño número de paisanos».

En su retirada, al pasar por Esparraguera, se encuentra con que el pueblo había levantado barricadas para dificultar su paso. Una hora tardaron los franceses en atravesar Esparraguera, una hora de fuego ininterrumpido de los imperiales mientras de todos los balcones y las ventanas cae sobre ellos una lluvia incesante de objetos domésticos que les arrojan los habitantes del pueblo. En Abrera, el puente, socavado adrede, se hunde a su paso. Los somatenes persiguen sin cesar a la columna Schwartz hasta que ésta entra en Barcelona.

El general Chabran, en marcha sobre Tarragona, vuelve a Barcelona y con su columna reforzada corre en auxilio de Schwartz, pero tiene que retroceder delante del somatén del Llobregat, que se opone heroicamente a su paso. Los somatenes se hacen dueños de toda Cataluña y cercan a los franceses en Barcelona. Grandes generales de Napoleón han de reconocerse fracasados delante de las formaciones populares e irregulares del somatén, que encarnan el espíritu en armas de Cataluña.

La misma Barcelona, ocupada por los franceses, era un centro de conspiración. Cuantos barceloneses podían escapar de la ciudad para formar nuevas unidades combatientes. Los que quedaban dentro recibían armas largas y no cesaban ni un momento de trabajar para los somatenes y el ejército español de Cataluña. Armas cortas, sables, mantas, ropas, salían continuamente de la ciudad para abastecer a los que fuera de ella luchaban. Los ocupantes se vieron obligados a organizar un cuerpo de policía para su propia seguridad y a tomar medidas extremas, entre las que se incluye el quitar los badajos de todas las campanas por miedo a que tocasen a somatén. Para que continuase funcionando la administración tuvieron los franceses que emplear a extranjeros. Cuando, en 1810, la policía hace un censo de habitantes de Barcelona, se encuentra con que la ciudad estaba reducida a 36.000 almas. ¡Una cuarta parte de su población habitual! Las otras tres cuartas partes estaban luchando en los campos y en los montes contra los invasores.

Un historiador francés, Pierre Conard, doctor en letras, en su libro *Napoleón y Cataluña*, al hablar del sistema de lucha de los somatenes, sigue diciendo: «Para completar este sistema, las juntas recomendaban a los habitantes abandonar los pueblos y las ciudades abiertas cuando los franceses se acercasen; y, al menos durante la primera parte de la guerra, esas instrucciones eran cumplidas... En los pueblos menos desiertos no quedaba nadie más que los ancianos, las mujeres y los niños; los hombres y los jóvenes empuñaban las armas... Si algunos propietarios pusilánimes y prudentes parecían desear la sumisión del país y el retorno a la tranquilidad, la masa de la población era por todas partes abiertamente hostil; y aun en el Ampurdán, cubierto de puestos de mando imperiales, se obedecían más exactamente las órdenes, así fueran vejatorias o tiránicas, de las juntas o de los jefes insurrectos que los mandatos de los generales franceses.»

¿Hará falta decir algo más sobre el espíritu popular de la guerra de la Independencia? Nos hemos limitado a citar testimonios franceses, claros y explícitos por demás, para que no se nos pudiera tachar de partidistas. ¿Hará falta repetir que el espíritu de la guerra de Independencia era algo más que una lucha contra los ocupantes, era un combate contra la Revolución francesa que había tenido su preludio en la campaña, netamente popular y enteramente nacional, de 1793? Si esta afirmación no quedara suficientemente demostrada por las citas hechas, recordemos la entrada en España del ejército del Duque de Angulema, dispuesto a ayudar a los realistas y a liberar a Fernando VII del cautiverio a que lo tenían sometido los

liberales. Angulema mandaba un número de hombres inferior a la mitad de las fuerzas de Napoleón que ocuparon Cataluña, y su paso por España fué un simple paseo militar, una marcha triunfal y rápida. Y sus hombres eran franceses como los de 1793 y los de 1808. Pero no eran ni revolucionarios ni republicanos.

¿Hará falta repetir, una vez más, que el espíritu catalán, precisamente por ser catalán, rebosaba españolismo, amor a la Religión y a la Monarquía? Bien claro ha quedado demostrado en los hechos narrados: Cataluña estaba en la vanguardia de la lucha contra la Revolución francesa, mientras España entera ardía en llamas de heroísmo, en mutuas emulaciones insuperables. Y ello lo reconocen hasta los mismos franceses, los mismos servidores de Napoleón y el propio Emperador.

Epílogo: anexión de Cataluña a Francia

El príncipe de Wagram y Neuchatel, ayudante del Emperador, escribía el 15 de agosto de 1811 al rey José Bonaparte: «El Emperador me encarga poner en conocimiento de vuestra majestad que Figueras se ha rendido a discreción, pero que toda la provincia de Cataluña ha quedado insurreccionada. Es la única parte de España que se ha sublevado con tanto encarnizamiento. El odio que ha animado constantemente a este país contra la Francia, y que en menos de un siglo le ha costado tanta sangre (3), ha decidido al Emperador a reunir la Cataluña al Imperio francés, aunque no esté sometida, y aunque sea necesario conquistarla lugar por lugar. En ninguna otra provincia de España concurren cosas de manera alguna semejantes a las que suceden en este Principado, y Su Majestad, por el interés del Imperio, quiere poner en él orden para siempre.»

Augereau, duque de Castiglione, que había sucedido en el mando al fracasado Saint-Cyr para fracasar también, dirigía, un año antes, una proclama a los catalanes anunciando los propósitos del Emperador. Víctor Balagué, tras de copiar la proclama, dice, en su *Historia de Cataluña*: «En todas las plazas, concluida la lectura, gritaron los maceros: ¡Viva el emperador Napoleón! ¡Viva el mariscal Augereau! En todas contestaron únicamente a estas aclama-

(3) Indudablemente Napoleón se refería tanto a la Guerra de la Independencia como a la campaña contra la República francesa.

ciones los regidores y los franceses. El pueblo de Barcelona estaba mudo, dice el Padre Ferrer: parecía un pelotón de estatuas alrededor del tablado; ni hablaba, ni hacía movimiento de aplauso a favor del Emperador; todos se estaban con sus sombreros puestos, cosa harto irregular en semejante acto. No lo era para los barceloneses: era, sí, un objeto de mera curiosidad, y por lo mismo no hicieron demostración alguna de aplauso. Se esforzaban los maceros y regidores en instar al gentío que gritase ¡viva el Emperador!; pero no recibían otra respuesta que una burlesca sonrisa.»

Todo lo hicieron los franceses para atraerse los sentimientos de los catalanes, a los cuales halagaban; publicaron los periódicos oficiales en catalán; intentaron colocar en su gobierno, en la administración y en la policía a catalanes, pero ¡no los había con ellos! Salvo algún afrancesado, tuvieron que suplir tan gran deficiencia con franceses y extranjeros. De la misma manera que Cataluña se negó a acuñar moneda con la efigie de José Bonaparte y abandonó sus pueblos para luchar contra el Emperador, ahora la nueva medida era acogida con ademanes impasibles y sonrisas burlescas. La lucha proseguiría: ¡Cataluña no sería francesa ni revolucionaria!

Figueras y Barcelona serían las plazas, únicas, que los franceses podrían ocupar, durante largo tiempo, en todos los años que duró la invasión. ¡Podrían ocuparlas, pero jamás dominarlas y hacerlas suyas!

La estrella de Napoleón se oscureció por vez primera en Cataluña, en los Bruchs. Y España entera la hizo palidecer, cambiando su rumbo y dirigiéndola hacia su ocaso.

Y esa fué la gesta triunfal que, al oír el grito de agonía y de rebelión del Madrid del 2 de mayo de 1808, principió con la primera victoria del Bruch alcanzada por «un pequeño número de paisanos», que al redoble de las campanas que tocaban a somatén, empuñaron las armas, rústicas y rudimentarias, que hubieron a mano; hicieron armas de sus instrumentos de labranza y de los barrotos de los balcones y de todo aquello que pudiera servirles para agredir, fundieron campanas para convertirlas en balas y con unanimidad sin par lucharon contra los franceses y contra su revolución, capitaneada por Napoleón Bonaparte, el genio guerrero ante el que se doblaron todas las naciones europeas por las que él pasó. Todas... ¡menos España, con Cataluña sirviéndole de corazón! «Via fora, sometent!»

Luis Luna

¿Discordia en el reino de Satanás?

Un conocido periodista ha servido desde Suiza, con fecha 29 de marzo, una crónica a los lectores de un periódico, decano de los de Barcelona, encabezada bajo el título «La masonería en guerra contra el comunismo», a la cual no resistimos la tentación de comentar.

El articulista sostiene que en la actualidad asistimos al disloque de los poderes que derrotaron al nacionalsocialismo y dice a este propósito: «Catolicismo, socialismo, masonería, comunismo, judaísmo y humanismo, desaparecida la causa que les aglutinaba, recuperaron su libertad de acción y dirección en demanda de sus particulares metas», y por lo que a la masonería respecta, añade: «el acon-

tecimiento de mayor trascendencia en estos últimos tiempos ha sido, o es, la declaración de guerra de la masonería al comunismo tomando aquélla el mando de una nueva liga, que, esta vez contra el comunismo como ayer contra el nacionalsocialismo, cuenta entre sus miembros al socialismo, al judaísmo». Y continúa: «la batalla comienza a enzarzarse netamente entre el comunismo de un lado y la masonería de otro, ésta como cabeza de una coalición en la que figuran como beligerantes de primer orden el socialismo y los judíos».

Hacemos gracia al lector de otros particulares del artículo en cuestión, pues con lo transcrito nos sobra para

dar idea de la tesis general del cronista, así como de la seriedad con que se quiere presentar la noticia.

A los efectos que perseguimos y para sentar nuestro criterio, debemos hacer una distinción entre las dos principales aseveraciones de la crónica.

En primer lugar, sostiénese en ella que catolicismo, socialismo, masonería, comunismo, judaísmo y humanismo estuvieron durante la pasada contienda aglutinados, perdida su libertad de acción y su libertad de dirección, y en cierto modo alejados o, por lo menos, sin cuidarse de perseguir sus particulares metas.

A ello contestamos lo siguiente:

a) El solo hecho de enunciar juntamente a la Iglesia Católica con los demás errores y sectas condenadas, da pie para suponer que están todas ellas en un como plano de igualdad, máxime cuando se nos habla en el mismo artículo de sus «particulares metas», tan distintas las de la Iglesia, depositaria de la Verdad Revelada, de las de los demás.

b) La Iglesia Católica no ha estado nunca «aglutinada» con errores como el socialismo, falsas religiones como el judaísmo o sociedades secretas como la masonería. En cambio, todas ellas han coincidido con el propio nacionalsocialismo en combatir con todas sus fuerzas a la Iglesia Católica, que a la par que ha condenado a dichos «poderes» en el decurso de los años, ha prohibido a los católicos aportar su colaboración a las tareas de los mismos.

c) El hecho de que la Iglesia Católica coincidiera con el comunismo en el ataque al nacionalsocialismo, coincidencia, por otra parte, puramente circunstancial por parte del comunismo y sólo durante la segunda mitad de la campaña, no restó al catolicismo la menor libertad de acción para combatir al propio comunismo y no le ha sido preciso vencer al nazismo para que la Iglesia pudiera recuperar la posibilidad de dirigirse hacia sus metas particulares.

La Iglesia Católica no puede aceptar componenda alguna con el error o suspender la lucha contra él en un modo de armisticio impuesto por la necesidad de combatir a un enemigo que se estima común. El mandato de Cristo a sus Apóstoles y, por ende, a la Iglesia, «Id y enseñad a todas las naciones», impone el deber de enseñar la Verdad siempre y de combatir el mal sin tregua, «con ocasión y sin ella», como dijo San Pablo a Timoteo.

En ningún momento, tampoco, suspendió su lucha contra la masonería y el socialismo.

d) La especie que se insinúa en el artículo, de que debido a esta «aglutinación» durante la lucha antinazi perdió la libertad de dirección la Iglesia, como si se hubiera sometido a una especie de Estado Mayor de «poderes» coagulados, se desmiente en la práctica con sólo recordar que al frente del Pontificado estuvo providencialmente un Papa de personalidad relevante, que dirigió a la Iglesia conforme a la más pura tradición y sin sometimiento alguno a

poderes extraños, conservando la independencia incluso material frente a todo el mundo y prodigando en discursos y escritos las normas morales regeneradoras de la sociedad.

La segunda afirmación del cronista, de haberse declarado la lucha entre el comunismo y la masonería, que figura como cabeza de una coalición y netamente destacada enfrente del comunismo, merece también ser apostillada.

a) Mal pueden combatirse la masonería y el comunismo cuando, como dijo León XIII en su encíclica *Humanum Genus*: 1.º, sus objetivos son los mismos: el trastorno universal y la ruina de las instituciones, y 2.º, en el terreno de los principios, están enteramente de acuerdo.

b) La destrucción del comunismo y la propia lucha contra él, son cosa buena, pero como dijo San Mateo, «un árbol malo no puede dar buenos frutos», y en la propia encíclica citada, se nos advierte que «los frutos producidos por la secta masónica son perniciosos y en extremo amargos». Sería vana ilusión prometerse, pues, algo bueno de la masonería.

c) El vacilante mundo del capitalismo liberal, para salvarse de la revolución que amenaza sus cajas fuertes, es muy capaz de entregarse a la masonería, si ésta aparece como luchadora contra el comunismo. La masonería conoce este estado de ánimo y lo explota.

León XIII afirma que la masonería y el comunismo «es enemigo astuto y fecundo en artificios» y que «se esfuerza en seducir agradablemente a los príncipes y a los pueblos».

Siendo esto así, el anuncio de esta sedicente rotura de hostilidades entre masones y comunistas se nos debe aparecer como un artilugio más de los esclavos del Padre de la Mentira, que en esta coyuntura pretenden que los incautos e imprudentes les faciliten su peculiar camino hacia la destrucción de la Iglesia Católica, objetivo que si no consiguen los comunistas como tales, pretenden lograr los masones como anticomunistas.

d) En resumen, no hay luchas intestinas en el reino de Satanás. El comunismo y la masonería actúan dentro del mismo campo, pero en distinto frente; sirven a unos mismos principios y tienden a las mismas finalidades.

La Iglesia Católica, que ha anatematizado al comunismo, ha hecho lo propio con la masonería, a la que ha calificado de «peste masónica», «secta criminal» y «sociedad de hombres perversos».

Un mundo masonizado no sería en nada distinto a un mundo soviético, y providencialmente para los católicos, existe en estas cuestiones suficiente doctrina para que informaciones sensacionalistas no nos hagan confundir los conceptos y tergiversar las cuestiones.

Los acontecimientos de nuestro mundo no pueden dejar de contemplarse a la luz de las enseñanzas de la Iglesia, y el olvido de ello puede conducir a sostener teorías absurdas, pero que pueden producir positiva desorientación en un mundo ya de por sí suficientemente falto de norte.

J. M. Martínez-Marí.



La lucha contra el liberalismo

I

Una extraña campaña

Arremeter tan sólo contra el comunismo, como si en esta doctrina se concentraran actualmente, en diabólica síntesis, los únicos peligros que amenazan a la Iglesia y a la sociedad, representaría incidir en uno de los más cultivados tópicos confusionistas, tan en boga en esta etapa difícil y tendenciosa de la postguerra. Detrás de tan peligrosísima, y al propio tiempo halagadora, campaña, se escudan y medran sigilosamente enemigos redomados del pueblo cristiano, a la cabeza de los cuales flamea, con su secuela de errores, el principio funesto de un liberalismo corruptor, cuya forzada intromisión en la vida social, tantos extravíos y ríos de sangre ha costado.

Cuando se trata de aquilatar el sentido profundo de la tremenda crisis espiritual, y aun material, que aqueja al mundo, no puede olvidarse el tanto elevado de culpa que a la escuela liberal corresponde, ya por su sistemática lucha contra los valores del espíritu, ya por su idolátrica adoración de la a todas luces limitada razón humana; todo ello realizado a través de planes meticulosos y subversivos que han preparado convenientemente el terreno a simientes más radicales si se quiere, pero no, posiblemente, más perversas. Por eso se impone la obligación gravísima de denunciar los terribles males que, como maligno fermento, lleva anejo el doctrinarismo liberal, en sus varias facetas, verdadero cáncer que corroe las células vitales de la sociedad cristiana.

Pero esta obligación sube de punto al considerar el giro especial que los defensores de tal escuela, obedeciendo quizá a designios inescrutables, han dado a sus teorías, pretendiendo su propagación solapada al socaire de una nueva táctica, que consiste en presentarnos a la escuela liberal como la única fuerza existente capaz de desarticular e impedir el triunfo del comunismo.

Entiéndase bien. Cuando se dice liberalismo, ha de sobrentenderse la masonería, el judaísmo y el socialismo, ya que según informaciones recientes — no sabemos si inspiradas en los arcanos de las logias — el peligro comunista ha dejado de ser tal peligro, a lo menos en grado inmediato, gracias a la decidida y generosa «cruzada» que contra el mismo han emprendido socialistas, liberales, masones y judíos, en razonable y lógico contubernio.

Pero — y la pregunta fluye espontáneamente — ¿es posible que el liberalismo pueda combatir con eficacia y aun con sinceridad el fruto nacido de sus mismas entrañas, y cuya universal maduración no se ha cansado de procurar y proteger? ¿Cómo las fuerzas ocultas que tan destacado papel tuvieron en la preparación y triunfo del bolchevismo pueden renegar de lo que representa etapa importantísima para la consecución de sus objetivos? ¿Acaso la masonería desea esencialmente el fin del régimen soviético?

Entonces, pues, ¿qué propósitos se esconden al abrigo de esa pretendida oposición entre el comunismo y sus más destacados y generosos aliados?

Algo podemos vislumbrar en el hecho de que tan repentina e interesada enemistad nazca precisamente en el momento culminante en que la «mejor» propaganda liberal trata de infiltrarse, con las trazas de la antigua serpiente, en el pensamiento y en el corazón del pueblo cristiano, proclamando su caduco programa, sus perturbadoras e insultantes ideas, como único remedio posible ante la avalancha del ateísmo radical que avanza galopando desde la estepa.

Si ese afán propagandístico no es un simple divertimento o una disgresión más o menos literaria — posibilidades que no pueden menospreciarse —, responde probablemente a algo muy hondo y muy complejo que es necesario vigilar cuidadosamente para no caer en ilusorios y absurdos espejismos.

Va en ello el porvenir de nuestro pueblo.

Origen del liberalismo

Sardá y Salvany definió el liberalismo con palabras precisas: «En el orden de las ideas es un conjunto de ideas falsas; en el orden de los hechos es un conjunto de hechos criminales, consecuencia práctica de aquellas ideas»; y más brevemente: «En el orden de las ideas es el error absoluto; en el orden de los hechos es el absoluto desorden» (1).

¿Exagerada la definición? Veamos lo que dice la Iglesia: «Hay ya muchos imitadores de Lucifer, cuyo es aquel nefando grito: No serviré, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los partidarios de ese sistema tan extendido y poderoso, que, tomando nombre de la libertad, quieren ser llamados liberales» (2).

Imitadores de Lucifer, ciertamente, pues acaso, ¿no son ellos los que sin igual atrevimiento han lanzado la consig-



Handwritten notes in French:
 L'Assemblée nationale
 du 20 septembre 1791

D É C R E T

DE L'ASSEMBLÉE NATIONALE.

Du trois Septembre 1791.

La Constitution Française
et
la Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen

Handwritten notes in French:
 L'Assemblée nationale
 du 20 septembre 1791

*Lea Représentans du Peuple Français
 constitués en Assemblée Nationale, considérant
 que l'ignorance, l'oubli ou l'empêchement de D...
 l'homme sont les causes de plusieurs maux publics
 et la Corruption des Gouvernemens, ont voulu
 s'exposer, dans une Déclaration solennelle, les Droits
 naturels, inaliénables et sacrés de l'homme, afin
 que cette Déclaration, constamment présente à tous les
 Membres du Corps National, leur rappelle sans
 cesse leurs devoirs et leurs devoirs, afin que les
 actes du pouvoir législatif et ceux du pouvoir*

Primera página de «La declaración de los Derechos del Hombre»

(1) Sardá y Salvany. *El liberalismo es pecado.*

(2) León XIII. Enc. *Libertas.*

A LA LUZ DEL VATICANO

na, repetida en mil formas diferentes, de que «el mejor orden de la sociedad y el mismo progreso civil requieren que la sociedad humana se constituya y gobierne sin preocuparse para nada de la religión, como si ésta no existiera o, por lo menos, sin hacer distinción alguna entre las verdaderas y falsas religiones»? (3).

¿Y no representa tal consigna, cuidadosamente propagada y revolucionariamente impuesta, un ataque en regla contra la misión que por mandato expreso de Jesucristo ha de realizar la Iglesia en los individuos y en la sociedad?

Para comprender en sus últimas consecuencias la naturaleza intrínseca del liberalismo y el porqué de sus ineludibles concomitancias con otras doctrinas subversivas y con el sectarismo organizado, bueno será decir algo sobre su origen y las fuentes inmediatas en que principalmente se nutrió.

«El liberalismo — se ha escrito recientemente en *CRISTIANIDAD* — es evidentemente hijo legítimo de la Revolución francesa. Esta, con la proclamación de los derechos del hombre y la Constitución civil del clero, de una manera especial, pone los cimientos del liberalismo individual y estatal de nuestros días» (4). Ya Sardá y Salvany había escrito que, en la *Declaración de los derechos del hombre*, «estaban contenidos en germen todos los desatinos del moderno liberalismo» (5). Pero, ¿de dónde surgió la idea madre de aquella terrible explosión de 1789, cuyas consecuencias perduran todavía en la actualidad?

Hemos de remontarnos a los primeros lustros del siglo XVIII. Por el año 1728 ó 1729 nació, en Dassau, Moisés ben Mendel, que más tarde, con el nombre de Moisés Mendelsohn, había de provocar una verdadera revolución en el judaísmo, al presentar a su pueblo, oculto entonces en los límites angostos de los ghettos y de las sinagogas, un sistema completo, social y político, capaz de transformar la comunidad judaica, meramente tolerada, en minoría rectora de los destinos de las naciones.

Para alcanzar sus objetivos, Mendelsohn echa mano de los más variados resortes. Joven aún, traduce al alemán el *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les Hommes*, de Juan Jacobo Rousseau, del cual ha dicho Villemain que «renfermait des axiomes qui, répétés de bouche en bouche, devaient retentir un jour dans nos assemblées nationales pour inspirer, ou justifier à leurs propres yeux, les plus hardis niveleurs».

Más tarde, funda con otros adeptos a sus teorías, el movimiento reformista llamado *Haskala*, encaminado a despertar la afición de los judíos hacia las ciencias occidentales y hacia las formas exteriores de vida de los pueblos cristianos, guardando al mismo tiempo intacta la cultura hebraica, formidable trabazón que une en compacto y poderoso grupo a los judíos todos dispersos por el mundo.

«Mendelsohn — en opinión de Baruch Hagani — proclamó el acuerdo entre la antigüedad judía y el pensamiento moderno, y los reformados apartaron resueltamente del judaísmo todo lo que les pareció incompatible con las necesidades del medio ambiente.» Además, la labor de Mendelsohn era el signo inequívoco de algo muy grave que lentamente iba preparándose, y que el mismo Baruch, con exactas palabras, califica de «*travail d'adaptation, préluant à la Révolution*» (*Le Sionisme politique et son fondateur Théodore Hertz*, pág. 20).

Sin embargo, aquella preparación no era suficiente, y Mendelsohn echó mano de una fuerza que se acreditó más tarde de poderosísima: la Masonería. A través del judío Cerfbeer, al que el infortunado Luis XVI otorgaba su plena confianza; de su amigo Dohn, archivero del rey de Prusia, y de Gotthold Ephraim Lessing, su antiguo profesor de griego, Moisés Mendelsohn logró plenamente y con eficacia que la Masonería se convirtiera en poderoso instrumento de sus planes.

(3) Pío IX. Enc. *Quanta cura*.

(4) Domingo Sanmartí Font. *El «Syllabus» y su época*. *CRISTIANIDAD*, n.º 72, pág. 127.

(5) Sardá y Salvany. Obra cit.



Duque de Brunswick

Conviene tener presente, para la mejor comprensión de lo que sucedió en plena Revolución Francesa, que el citado Dohn fué el que lanzó en la célebre reunión masónica de Wilhelmsbad de 1782, en la que se preparó el movimiento revolucionario, la consigna a favor de la emancipación política de los judíos. Y no se olvide que en dicha asamblea tuvo una importante actuación el Duque Fernando de Brunswick, el mismo Brunswick que más tarde «dirigió» la comedia de Valmy de tan beneficiosos efectos para el desarrollo ulterior de la Revolución.

Mirabeau, durante su misión en Berlín, en 1786, tuvo ocasión de conocer las obras de Mendelsohn, entrando al propio tiempo en contacto con Dohn. De tales influencias, nació el siguiente año el libro *Sur Moisés Mendelsohn et la réforme politique des Juifs...*, en el que condensó sus simpatías por el Judaísmo. Años después, Mirabeau se convertiría en la Asamblea, en defensor celoso de la causa judía, al lado de Robespierre, Gregoire y Duport.

He ahí por donde, el judaísmo en íntimo contacto con la masonería iban a provocar uno de los más formidables atentados contra el orden social establecido; el liberalismo fué el medio eficaz de que se sirvieron para conseguir los objetivos propuestos. El trabajo incansable de Mendelsohn alcanzaba tres años después de su muerte, el resultado apetecido. No con ello terminaba, empero, el ambicioso plan; Mendelsohn dejaba aprovechados discípulos que habían de completar con nuevas orientaciones, de acuerdo con las circunstancias, las directrices del maestro.

No en balde «el éxito extraordinario que obtuvo Moisés Mendelsohn descubrió un mundo de posibilidades desconocidas hasta entonces, en el que los judíos instruidos pudieran ejercer su influencia» (*Jewish Encyclopedia*, artículo *Haskala*).

En otros artículos, Dios mediante, veremos el desarrollo de la táctica del Judaísmo frente a aquel «mundo de posibilidades», y de qué manera la unión de aquél con la masonería en la doctrina liberal, se extendió a otras escuelas y sistemas, tan en boga también en estos tiempos.

José-Oriol Cuffi Canadell

Adquiera la obra

del

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

El Liberalismo es pecado

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION

Precio especial para nuestros suscriptores:

===== **3 ptas. ejemplar** =====

**Cuevas de
Artá**

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**

EL PENSAMIENTO NAVARRO



P. Calatayud, 4 y 4 bis

PAMPLONA

“LECTURA”

Revista Crítica de Ideas y Libros



Apartado n.º 545

México D. F.